La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1892 — NÚM. 528

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos,» profusamente ilustrada



LA ORACIÓN cuadro de Félix Ehrlich

SUMARIO

Texto. — *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. — *La gran guerra de 1892. Un pronóstico* (continuación). — *Mohamed Teufik*, por Eduardo Toda. — *Nuestros grabados*. — *Hierba Buena* (continuación), novela original por Bret Harte, con ilustraciones de A. Forestier y G. Montbard. — SECCIÓN CIENTÍFICA: *Las instituciones sanitarias de París. Estaciones de desinfección*. Libros recibidos.

Grabados. — *La oración*, cuadro de Félix Ehrlich. — *Estudio*, de D. Román Ribera. — La escuadrilla de torpederos del almirante turco Woods-Bajá cruzando el Bósforo. — La multitud delante del palacio imperial de Berlín aclamando al emperador. — Los caballeros de Malta en las ambulancias. (Estos tres grabados corresponden al segundo artículo que bajo el epígrafe *La gran guerra de 1892* se publica en el presente número.) — *Abbas-Bajá*, el nuevo jedive de Egipto. — *La princesa Emineh Hanem*, viuda de Teufik-Bajá. — *Vista panorámica de Suez*. — *Palacios del jedive de Egipto*. — *Al través del canal de Suez*. — Fig. 1. Descarga y desinfección de los coches destinados al transporte de objetos contaminados á las estaciones municipales de desinfección. — Fig. 2. Desinfección á domicilio. — *Por aquí debe estar*, fotografía directa de Hugo L. Steichel, de Jersey (Estados Unidos).

VERDADES Y MENTIRAS

Hace bastantes años se publicó el último trabajo de Proudhon *Del principio del arte y de su función social*. En dicho libro el célebre escritor socialista parte de un supuesto que Zola, al combatirle en su estudio sobre Proudhon y Courbet (1), califica de «definición del *arte* hábilmente trazada y más hábilmente explotada.» Tal definición es la siguiente: «Una representación idealista de la Naturaleza y de nosotros mismos, que se endereza al perfeccionamiento de nuestra especie.» A este modo de definir, el autor de *Germinal* contesta que «Una obra de arte es un pedazo de la creación visto á través de un temperamento.»

Más adelante Zola transcribe en su estudio citado otro párrafo del libro socialista, para mí el más interesante de toda la obra como concepto estético del gran pensador. «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía de ideal muy superior á la de un individuo.» Revuélvese Zola contra teoría tan estupenda y exclama: «Confieso á ustedes que ya no sé lo que se pretende de un artista, y que prefiero mil veces coser zapatos.» Por último, y para no citar más á propósito del objeto que me propongo tratar en este artículo, ahí va la nota saliente del libro póstumo de Proudhon. «El arte en nada puede contribuir directamente á nuestro progreso, la tendencia es á prescindir de él.»

Recuerdo ahora que entre mis apuntes y notas para una obrilla de crítica que tengo en preparación, hay un artículo publicado hace tiempo en el periódico *Las Regiones*, donde se sostiene esta teoría de la desaparición del arte por considerársele innecesario, dando como buena y efectiva la muerte de las filosofías místicas y de las religiones todas. Al punto mismo que concluí de leer este trabajo de doctrinarismo socialista, vínoseme á la memoria otro estudio de la misma índole, publicado con alguna antelación en una revista alemana, la cual traducía y comentaba, también con arreglo á las ideas de Proudhon, cierta diatriba más que mediana contra la burguesía, que vió la luz en un semanario de Londres. Tal diatriba tenía por objeto hacer ver lo ridículo del drama representado con la ayuda artística y estética de la música, amén de su inutilidad para el desenvolvimiento del progreso y perfeccionamiento de la especie.

Tales eran y tales son aún hoy las doctrinas que el socialismo tiene como buenas respecto del *arte*; pero como las evoluciones del mundo intelectual no están sujetas á la casuística de ninguna escuela política, social ó religiosa determinada, y como esas evoluciones son las oleadas de sangre que sacudieron siempre el cuerpo vivo de las sociedades todas, impulsándolas hacia adelante, aun en aquellos períodos que la historia nos muestra como de retroceso, y como el *arte* significa en estas evoluciones lo que la luz solar que inunda de colores y matices la Naturaleza, Mr. Volders, uno de los más autorizados jefes del partido obrero belga, recordando seguramente, y si no recordando, presintiendo lo dicho por su casi compatriota Grotius, ha dejado dormir en las hojas del libro las ideas por Proudhon allí vertidas, y haciendo un llamamiento á músicos, literatos, pintores, etc., pretende que arraigue en el club *La maison du peuple* de Bruselas una nueva sección, *Sección de arte*.

El objeto de Mr. Volders es iniciar al proletariado en el movimiento estético contemporáneo y formarle una educación artística por medio de exposiciones, audiciones y lecturas. — ¿Para qué es necesario al obrero el arte? — pregunta un *M. Island* desde cierto periódico anarquista francés. Pudiera contestarle la población obrera que asiste á las clases de dibujo, cerámica, etc., de las *Escuelas de artes y oficios* de Europa; pudiera contestarle el práctico pueblo inglés ó el norteamericano, que ponen todo su empeño en buscar fórmulas nuevas á las manifestaciones del arte que más hondamente conmueven nuestro corazón y nuestra carne; pudiera Mr. Volders contestar con Grotius: «No es bastante que un pueblo tenga lo necesario para su conservación y vida, es menester que ésta le sea agradable.»

«Es una mentira el arte, un engaño, un artificio para sostener las pompas de la realeza, las exigencias teocráticas, las falsedades de la religión.» Así se explica el articulista de *Las Regiones* y así se explica M. Island. Mas he aquí que ahora comienzan á caer en la cuenta de que el *arte* tuvo y tiene por principalísimo objeto «hablar al corazón de la humanidad por todas las facultades que en ella aman, por sus esperanzas y por sus recuerdos;» que para realizar este fin, así busca el artista motivo en la religión como en la historia, en el hombre urbano como en el rural, en el vicio como en la virtud.

ESTUDIO, de D. Román Ribera

Seguramente que el autor del citado artículo de *Las Regiones*, al reirse y comentar la falsedad que se advierte en un drama lírico, donde la muerte, el odio, el amor, sentimientos, pasiones, crímenes y heroísmos, en fin, allí representados, emocionan al espectador con cuádruple fuerza estética — la de la literatura, la de la música, la del arte escénico del actor cantante, la de la pintura decorativa — olvidó (casi estoy seguro de esto), olvidó que pertenecía á alguno de los coros en Cataluña restaurados por el genio de Clavé. A buen seguro que más de una vez el adepto de las doctrinas proudhonianas á quien me refiero habrá cantado aquella letrilla del insigne Ruiz Aguilera:

Cataluña tiene un hijo,
Tiene un hijo menestral.
Tric trac
Tric trac.

Ahí está el arte poética, ayudada del arte de la música, dramatizando toda una clase social dedicada al rudo trabajo á que la industria moderna le somete. Verdad ó mentira el arte, los obreros belgas presienten la necesidad de la vida del sentimiento, la necesidad de darle al corazón y al espíritu lo que solamente el *arte* puede darles. El buen sentido popular hizo una frase que destruye por completo el positivismo de la afirmativa aquella: «la tendencia hoy es á prescindir de él» (del *arte*); la frase es esta: «No solamente de pan vive el hombre.»

***

Al presente la fotografía de los colores absorbe la atención de gran número de sabios, y se está dilucidando en la Academia de Ciencias de París si, en efecto, Mr. Baudran ha dado en el *quid* físico-químico, hasta ahora obstáculo insuperable, y logrado fijar en la *positiva* todo color que se ponga al alcance de la lente fotográfica.

Mucho ha descendido aquel entusiasmo causado por las primeras máquinas fotográficas instantáneas, como va descendiendo también hasta quedar reducido á límites bastante estrechos aquel otro cúmulo de ilusiones artístico-mecánicas que se forjaran las gentes á la vista de las *revelaciones* que la fotografía nos hizo hace media docena de años. Quienes dieron por terminada la misión del dibujante; quienes profetizaron, parodiando á Hugo, «esto matará á aquello,» refiriéndose al *realismo* que á las artes plásticas aportaban los adelantos del arte fotográfico; quienes llegaron á estampar en letras de molde: «próximo el día que la reproducción fotográfica de los colores será un hecho, los pintores tendrán que resignarse á dejar el campo libre á la máquina que, con precisión matemática, así copiará la línea como el colorido.»

¡Dios es grande! Todos esos Mahomas de una ley nueva, de una iglesia novísima, se irán convenciendo poco á poco de que ni la fotografía dibuja bien, ni la fotografía nos enseña nada nuevo, ni la fotografía puede crear, misión principalísima del artista, ni la fotografía puede competir en el retrato con el trazado por el pincel ó el lápiz, ni la fotografía sirve más que para lo que realmente debe servir, esto es, para reproducir mecánicamente, con los errores consiguientes de proporción y distancia producidos por la lente.

Hace cerca de dos años decía yo, tomándolo de Stevens, á propósito de un cuadro de *género* muy discutido, cuadro que tenía todos los desaciertos de la escuela servilista, émula de la fotografía en lo de interpretar de un modo frío y matemático, no la especie, sí el individuo: «*Il faut formuler esthetiquement et non imiter servilement*,» y recordaba á este propósito dos retratos existentes en el Museo del Prado: el de *Un escultor*, debido al pincel de Velázquez, y el de *Un cardenal*, obra de Rafael. No quiero mentar los de Moro, Van-Dyk, etc. Refiriéndome al retrato hecho por el de Urbino, indicaba en el artículo á que me refiero: «Estudien los servilistas y devotos de la fotografía este retrato, y verán cómo aquella testa correctísimamente dibujada, si de una verdad que supera á la fotografía, porque la retina del pintor cuyo gusto se educa estéticamente sabe proporcionar y corregir los errores de la visión, sin quitarles carácter á las incorrecciones de la fisonomía del retratado, tiene al propio tiempo impresos en los ojos, en los delgadísimos labios, en los pómulos ligeramente angulosos, en el acentuado arqueamiento de las cejas, caracterizada la fisonomía psíquica del individuo, no quedando lugar á duda alguna acerca del temple moral del retratado.»

El retratista al trasladar al lienzo la imagen del modelo analiza é interpreta, según su temperamento — y en este caso pienso con Zola, — el doble tipo físico y psíquico de aquél; la máquina fotográfica no hace más que reproducir instantáneamente las facciones del individuo, siempre, en esos momentos, preocupado en aparecer lo más *correcto* posible ante la inerte pupila de la cámara obscura.

He aquí, pues, algunas de las mentiras que hay que descontar del capítulo de verdades que avaloran el arte de la fotografía.

R. BALSA DE LA VEGA

(1) *Mis odios*.



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

(CONTINUACIÓN)

DESEMBARCO DE LOS RUSOS EN VARNA

LA ESCUADRA INGLESA EN LOS DARDANELOS

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Bourgas, 20 abril (10 noche)

Los rusos efectuaron un desembarco en Varna, y según parte del corresponsal que tengo allí, fueron derrotados, ocasionándoseles bastantes pérdidas, excepto en un punto. Desgraciadamente, á juzgar por las noticias oficiales, los moscovitas intentaron un desembarco por el Norte de la ciudad, donde el cabo Kaliakra protege los botes contra los vientos que llegan del Este. Casi dos batallones sentaron pie en tierra, y mientras uno se atrincheraba en las alturas de Kavarna y Baltschyk, detrás de la ciudad, otro se abrió paso hacia la ciudad, situada en el lado Norte del puerto, que no está resguardado, aunque sí protegido por antiguas obras defensivas de los turcos, reforzadas últimamente frente al mar. Hay una ciudadela, que fué muy oportunamente ocupada para impedir al enemigo penetrar hasta las obras exteriores; pero aunque los rusos no tengan considerables fuerzas en tierra, el caso es que ya se hallan aquí, y temo que las tropas rechazadas lleguen á los caminos de Varna á tiempo de conseguir el desembarco por la mañana, á menos que el mayor Savoff despliegue un valor extraordinario.

Bourgas (11-30 noche)

Según esperaba, la escuadra rusa llegó á Varna á tiempo para desembarcar dos batallones con algunas piezas; de modo que el mayor Savoff no pudo desalojarlos bajo el pesado y continuo fuego de los buques, mucho más eficaz á causa de la calma del mar. Si los rusos trabajan bien detrás del cabo hasta la mañana, no será fácil rechazarlos, pues excepto las guarniciones de Shumla y Rustchuk, no hay ninguna otra entre ellos y el valle del Danubio; pero están en el peor lado de los Balkanes, y por eso sus operaciones no podrán ser muy eficaces.

Bourgas, 21 abril

Los rusos han efectuado su desembarco. Bulgaria tiene tantas tropas en las fronteras occidental y del Sur, que nada puede hacer á menos que las potencias consientan en que tropas turcas penetren en el principado, como evidentemente pueden hacerlo con arreglo al tratado de Berlín, si es que aún está en vigor. La gente se ríe cuando digo que la escuadra inglesa estará aquí dentro de pocos días. Se acuerdan de 1877.

CHANAK KALESSI EN LOS DARDANELOS

22 abril

La división de Oriente de la escuadra inglesa del Mediterráneo pasó por aquí á las diez y cuarto de esta mañana, en virtud de un firmán del sultán. No debe penetrar en el Mar Negro hasta nuevas órdenes.

Erzeroum, 22 abril

El sábado los rusos cruzaron la frontera de Armenia por Olti, Karakilissa, Arautsh y Zewen, sin encontrar resistencia. Aquí reina la mayor consternación, y muchos habitantes huyen hacia el Oeste; pero Zeki-Bajá ha declarado que podrá defender la ciudad de Zewin durante seis meses. Tal vez no le sea posible conservarla más de uno. Los rusos han llegado ya á Hassán Kalch, distante de aquí quince millas.

MOVIMIENTO DE LOS RUSOS EN LA FRONTERA AUSTRIACA. – MOVILIZACION DE LOS CUERPOS DE EJÉRCITO ALEMANES.

EFERVESCENCIA DELANTE DEL PALACIO IMPERIAL

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Berlín, 22 abril (8-50 noche)

Desde los inolvidables días de julio de 1870 no se había observado aquí nunca tanta excitación como la que se ha producido por la noticia, ahora indudable al parecer, de que Rusia, en vista de la respuesta evasiva, ó según dicen varios telegramas, de la negativa terminante á su demanda exigiendo que los austriacos evacuasen inmediatamente Belgrado, comienza ya á poner en movimiento numerosos cuerpos de tropas hacia la frontera Sud-occidental; y hasta se susurra que una división de caballería se ha presentado ya en el camino de Varsovia-Cracovia,



La gran guerra de 1892. – La escuadrilla de torpederos del almirante turco Woods-Bajá cruzando el Bósforo

en un punto llamado Xiaswielki. Estamos á la verdad en una situación grave, tan alarmante como repentina. El paseo *Unter den Linden*, convertido en una perfecta Babel por la gritería de los vendedores de hojas sueltas con las últimas noticias, se llena rápidamente de numerosos grupos que acuden aquí para enterarse de los últimos partes. Delante del ministerio de Estado hay una compacta muchedumbre que pide á gritos que se le comunique la verdad de lo que haya.

De esto depende la paz ó la guerra para Alemania. Si Rusia se permite la menor agresión contra Austria, Alemania debe desenvainar al punto el acero para correr en auxilio de su aliada. Conviene no incurrir en error en cuanto á los términos del tratado austro-alemán de 1879, publicado hace uno ó dos años, porque con frecuencia se interpretó mal: en virtud del mismo, no surge un *casus fœderis* para Alemania en cualesquiera circunstancias de una guerra entre Rusia y Austria, sino únicamente en la eventualidad de que la primera sea agresora; y las apariencias inducen á creer que Rusia trata formalmente de tomar la ofensiva. Todos se preguntan si lo hará al fin, y la excitación del pueblo corre parejas con su incertidumbre. Ahora se sabe que hay una activa correspondencia por telégrafo entre esta ciudad y Viena; pero las autoridades se han encerrado en la mayor reserva, y solamente aconsejan á la multitud que tenga calma, con la esperanza de un arreglo.

(9 *noche*)

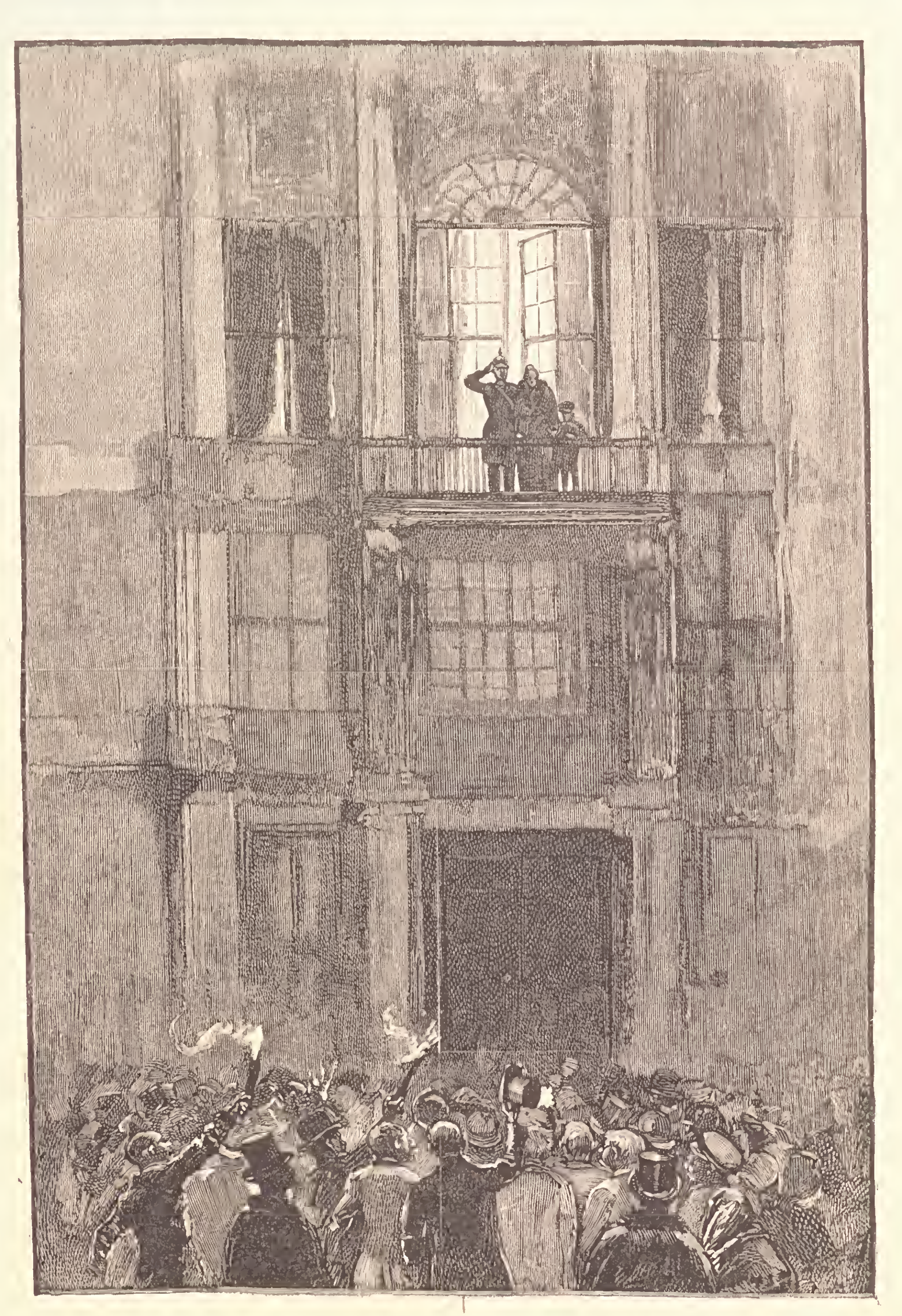
Acabo de volver del palacio imperial, donde la muchedumbre, no pudiendo satisfacer su curiosidad, se había diseminado para buscar noticias en otra parte; pero solamente supo que el emperador conferenciaba secretamente con su canciller, general conde Von Caprivi, y su jefe de estado mayor, conde Von Schlieffen. Se observó que cuando estos personajes salieron, terminada la entrevista con el monarca, parecían muy graves y preocupados, tanto que no hicieron ningún aprecio de los gritos que saludaban su aparición. Esto contribuyó á que la inquietud se acrecentara, y muy pronto fué en aumento por haber circulado el rumor (muy infundado, según supe después) de que el emperador había enviado á llamar por telégrafo al rey de Sajonia, príncipe Alberto de Prusia, al príncipe regente de Brunswick, ambos mariscales de Campo, y al conde Waldersee, jefe del 9.° cuerpo de ejército en Schleswig-Holstein. Se recordará que el emperador, al separarse la última vez de este distinguido oficial, designóle públicamente como general en jefe de todo el ejército en caso de guerra.

(10 *noche*)

Después de enviar mi último parte, lo cual fué en extremo difícil, á causa de la multitud de corresponsales de todas las naciones que luchan desesperadamente para entrar ó salir de la oficina de telégrafos, tuve la suerte de encontrar al barón Von Marschell, el amable y distinguido secretario de Estado, quien me dió cuenta de una breve conversación sobre el asunto del momento. Díjome que por desgracia era muy verdad que los rusos concentraban rápidamente sus fuerzas hacia la frontera austro-alemana, y que una partida de cosacos, procedente de Tarnagrad, había avanzado hacia la parte austriaca de la frontera, en dirección á Jaroslar, importante punto de confluencia de la línea férrea en Galitzia. El barón había recibido esta noticia del príncipe Reuss, embajador alemán en Viena, quien añadió que las cosas se ponían cada vez peor. «Pero esto, observé yo, es una invasión por parte de Rusia, y supone la guerra. ¿No lo cree usted así?» El barón hizo un triste ademán de asentimiento, y después de estrecharme la mano, diciéndome que fuera á verle á la mañana siguiente, despidióse para ir en busca del conde Syechenyi, en la embajada austriaca. Al volver á la oficina de telégrafos, donde escribo esto, encontré á la entrada de la embajada rusa al conde Schouraloff, quien tuvo la amabilidad de contestar á mi saludo y detenerme, diciéndome que acababa de visitar al conde Caprivi para asegurarle de parte del emperador que todos aquellos preparativos belicosos en la Polonia occidental no suponían amenaza alguna para Alemania, de la que Rusia no tenía ningún motivo de queja; pero que mientras Austria amenazase perturbar el equilibrio en la península de los Balkanes, para satisfacer sus propias miras egoístas, Rusia se recriminaría á sí propia si permaneciera con las manos cruzadas, sin poner á salvo sus más vitales intereses por cuantos medios se hallan á su alcance. Y que así como Pitt había creado un nuevo mundo para restablecer el equilibrio del antiguo, del mismo modo Rusia se vería ahora en la precisión de reponerle en una parte de la Europa continental, dando con esto al futuro perturbador del citado equilibrio bastante que hacer para fijar su atención en otro. «Estas no son, por supuesto, dijo el conde, las mismas palabras que he dirigido al canciller; pero expresan el sentido exacto de mi comunicación.»

(12 *noche*)

En Berlín, cuyo millón y medio de almas está en las calles, hay en este momento mucha efervescencia á causa de haberse propalado el rumor, que me confirmó después un oficial de estado mayor, según el cual se habían dirigido á siete cuerpos de ejército las palabras «krieg, mobil» (guerra, movilización), que tanto electrizaron á las multitudes en 1870. Al saberse esta noticia, la muchedumbre que estaba delante del palacio prorrumpió en ruidosas aclamaciones y algunos entonaron cantos patrióticos. Calmado el primer entusiasmo, el emperador salió al balcón del castillo, dando el brazo á la emperatriz, que llevaba de la mano á su hijo, el príncipe heredero, á quien se había despertado, obligándole á dejar el lecho para producir más sensación en la multitud.



La gran guerra de 1892. – Berlín. La multitud delante del palacio imperial aclamando al emperador

ENTREVISTA ENTRE EL GENERAL CAPRIVI Y EL EMBAJADOR FRANCÉS

DISPOSICIÓN DE LAS TROPAS ALEMANAS

Berlín, 23 *abril*

La efervescencia de los últimos días se ha calmado ahora, sustituyéndola esa firme resolución que constituye el carácter distintivo de la raza germánica; y aunque se sabe que desde que se dió la orden para movilizar siete cuerpos de ejército, Mr. Herbette, el embajador francés, ha celebrado repetidas conferencias con el general Caprivi, la nación se abstiene de sospechas respecto á la política probable de un vecino de Occidente, y consagra toda su atención al desarrollo que toman los acontecimientos en la frontera oriental.

Ciertos telegramas oficiales que se me ha permitido leer no dejan apenas dudas sobre el hecho de que los rusos aparentan concentrar tropas en dirección á Cracovia, mientras que la verdadera línea de su avance estratégico se halla hacia el lado de Lemberg, donde una línea férrea conduce á Budapest á través de los Carpatos. Aquí se arguye que si los rusos tuvieran que intervenir solamente con Austria, su línea de avance más probable sería por Cracovia y sus fortalezas, que tratarían de franquear para caer después sobre Viena por el camino que se considera más fácil para ellos, es decir, el que conduce al valle del Danubio, cruzando la Silesia austriaca, y el espacio que hay entre las montañas de Bohemia y los Carpatos. Sin embargo, con un ejército alemán concentrado en Silesia y que amenazara su flanco derecho, las ventajas de este camino se anularían en parte; y sin duda por eso los rusos parecen haber elegido para la invasión el camino más lejano de la base de ataque alemana, es decir, Lemberg y Stzyj.

Entretanto, la movilización de los siete cuerpos de ejército alemanes de que hablé en uno de mis telegramas anteriores sigue su curso rápidamente; los hombres de la reserva llegan presurosos y entusiasmados para alistarse bajo sus banderas; y como los trenes del camino de hierro trabajan día y noche, todo el tráfico público está suspendido, pero las tropas ocuparán pronto las diversas posiciones á que están destinadas. El cuerpo de ejército real de Sajonia, que es el 12.°, será enviado á reforzar á los austriacos, lo cual parece una acertada medida, cuando se recuerda cómo los sajones se batieron con los austriacos en Konigratz, mientras que el Feld Mariscal príncipe Jorge, hermano del rey de Sajonia, ha recibido del emperador la orden de encargarse del mando de lo que ha de llamarse ejército de Silesia, compuesto del 5.° y 6.° cuerpos, que ahora se concentran entre Breslau y Neisse, punto de partida del príncipe heredero de Prusia cuando marchó á Bohemia en 1866. Breslau, que es ahora una ciudad abierta, se está circunvalando rápidamente con una serie de obras defensivas. Por otra parte, un segundo ejército, compuesto del 3.° y 4.° cuerpos, que se llamará del Vístula, al mando del mismo rey de Sajonia, se concentra activamente alrededor de Thorn, esa Metz del Este, mientras que un tercer ejército, formado por el 1.° y 17.° cuerpos, y que se titulará del Báltico, se pondrá bajo las órdenes del conde Waldersee, á fin de ocupar cuanto antes la línea flanqueada por las fortalezas de Konigsberg y Lotzen. El objeto es sin duda una invasión de las provincias del Báltico y la consiguiente desviación de las fuerzas rusas para distraerlas de su objetivo del Sur. En cuanto á los ejércitos de Silesia y del Vístula, basta mirar el mapa

para reconocer á primera vista que forman las extremidades de la base de un triángulo, cuyo vértice es Varsovia, y que un oportuno avance por el camino ó por la vía férrea, pues de ambos se pude disponer, permitirían efectuar la reunión (el principio de Moltke, que consiste en marchar separados para luchar después en combinación, principio que con tan brillante éxito se aplicó en Sadowa) para presentar la batalla decisiva á los rusos en algún punto cerca de Varsovia.

No me extenderé más aquí en detalles sobre los incidentes y campañas que deben presumirse. Baste decir que los alemanes se prometen tener al general Gourko, jefe de las fuerzas rusas en Polonia, tan ocupado como tendrán los austriacos al general Dragomiroff, comandante en Kieft y jefe director de las operaciones contra Galitzia.

MARCHA DE LAS TROPAS AL ESTE

VIGILANCIA EN EL VÍSTULA

Berlín, 24 *abril*

Oigo decir que el cuerpo de guardias será también movilizado como precaución militar. A ésta ha de seguir una orden análoga para todo el resto del ejército alemán, si Francia toma una actitud amenazadora, de lo cual hay ciertos indicios.

Entretanto, los ejércitos del Este se dirigen hacia la frontera en buen orden, pero rápidamente. Durante todo el día se han visto cruzar por Berlín trenes muy cargados que conducen tropas del 4.° cuerpo; uno de ellos se ha dirigido hacia Thorn, y esta tarde hubo ruidosos vítores en la estación central, donde se veían muchos barriles de cerveza y víveres, obsequio de los ciudadanos á los *tapfere krieger* que van á medir sus fuerzas con los moscovitas. Los coches del tren estaban completamente llenos: cuando aquél se puso en marcha, la multitud prorrumpió en aclamaciones, mezcladas con vivas á Bismarck, á los que contestaron con entusiasmo aquellos robustos y pesados infantes, destinados á vigilar en el Vístula.

BANQUETE EN EL PALACIO

VIOLENTO DISCURSO DEL EMPERADOR

Berlín, 25 *abril*

El emperador ha dado esta noche un gran banquete militar en el salón blanco del palacio antes de marchar á Thorn, ese tremendo baluarte sobre el Vístula, ante la frontera rusa, donde ahora se concentran rápidamente las tropas alemanas. En este banquete se me favoreció con un asiento en la galería, desde donde he presenciado tantas pompas y galas de esa corte. Antes de servirse los postres, el soberano, que vestía el uniforme de los guardias de Corps, se levantó, y en medio de un silencio tan profundo que se hubiera podido oir la caída de un cabello, dirigió á sus convidados con voz resuelta el siguiente enérgico discurso:

«*Meine Herren* (Señores): Dios ha querido que Alemania volviese á desenvainar el acero en defensa de su aliada, y todos debemos inclinarnos ante una voluntad superior. La lealtad alemana fué siempre una de las virtudes dominantes de nuestra raza, y si ahora dejásemos de cumplir con nuestros compromisos, mereceríamos justamente ser objeto de burla á los ojos de las naciones. Recordando las últimas palabras que me dirigió mi querido abuelo, recomendándome que conservara siempre la amistad de Rusia, no puedo menos de pensar con inquietud en los acontecimientos que para nosotros se preparan en el porvenir; pero nadie podrá decir que el gobierno alemán dejó nunca de ser fiel, ni que á su ejército le faltó el valor.

»Señores, de ese valor hemos dado pruebas en mil gloriosas batallas, y sobre todo en las heroicas acciones que nos permitieron llegar á ser una gran nación unida, nación en que la integridad de todos peligraría gravemente si sufriéramos un desastre. Es preciso, señores, evitarle á toda costa, y para esto respondemos ahora al solemne llamamiento de las obligaciones del tratado, auxiliando con algunas de nuestras heroicas tropas al valeroso ejército de mi augusto amigo y aliado el emperador Francisco José. No debe dudarse que este compañerismo en las armas tendrá por principal resultado hacer olvidar nuestros pasados conflictos y diferencias, para que vuelvan á quedar unidos por lazos de cariño fraternal los dos pueblos más grandes de la poderosa é invencible raza alemana.

»Señores, Dios está sobre nosotros, y no podemos prever lo futuro. En los últimos pocos años, la ciencia de la guerra ha sufrido una completa revolución, y estamos á punto de resolver problemas militares de que no se habían ocupado antes nuestros predecesores. En mi calidad de supremo jefe de los ejércitos alemanes, me propongo inspeccionar todas las fuerzas que ahora se concentran y permanecer al frente de ellas, á menos que, Dios no lo permita, el curso de los acontecimientos me llame á otra parte (sensación).

»Pero señores, no es necesario deciros que los deberes de un jefe difieren ahora mucho de lo que eran á principios del siglo, sin hablar del tiempo de mi invencible é inmortal antecesor Federico el Grande, que inspiraba ánimos á sus tropas sólo con su presencia, dirigiéndolas durante la batalla. En la actualidad, todo lo que el moderno general en jefe debe hacer es conducir sus fuerzas al combate, y después dejarlas al mando de sus subordinados: esta era en el arte de la guerra fué inaugurada por el gran soldado científico, que por desgracia hemos perdido, y que ha escrito su nombre inmortal con indelebles caracteres de oro en las tablas de la historia de su país.

»Obligado por la naturaleza y necesidades de la guerra, tal como ahora se practica, á limitarse á la táctica, como César, Federico, Napoleón ó Wéllington, el moderno general en jefe se debe restringir á la estrategia, confiando á sus coroneles y capitanes la misión de batir al enemigo en detalle; y como la batalla moderna debe extenderse por necesidad en una vasta línea de frente, se ha de resolver por cien combates separados, en los que hasta los menores oficiales son jefes independientes. Por eso, señores, para todos vosotros hay una gloriosa perspectiva de cumplir con los deberes que el país os impone, alcanzando las distinciones que vuestro valor pueda merecer. No dudo que todos vosotros seréis fieles á las más nobles tradiciones, y que nuestro valeroso ejército, con la ayuda de Dios, dará otra vez una señalada prueba de su valor.

»Señores, este momento es solemne; y no como si estuviésemos en una fiesta, sino más bien bajo la influencia de las preocupaciones que deben dominar á todos, os ruego que apuréis vuestros vasos á la salud de mi augusto aliado, Su Majestad Francisco José, emperador de Austria-Hungría. ¡Hurra, hurra, hurra!»

El emperador saldrá mañana para la frontera, y se me ha permitido, como una gracia especial, agregarme al estado mayor.

MARCHA DEL EMPERADOR AL ESTE

Berlín, 26 *abril*

Hace mucho tiempo que no se había visto en la Avenida de los Tilos tan inmensa multitud como la de hoy cuando el emperador, que vestía el uniforme de los coraceros de Silesia, salió del palacio para dirigirse á la estación central á fin de tomar el tren de Thorn. El soberano iba acompañado de la emperatriz, que parecía estar muy triste, así como su augusto esposo algo grave. Como el día era magnífico, habían salido á la calle miles de almas para ver al emperador antes de marchar á su primera campaña, y fué muy difícil que el medio escuadrón de guardias de Corps que escoltaba el coche imperial pudiese avanzar á través de la compacta muchedumbre. Hasta los tejados de las casas estaban llenos de gente. En cierto punto del camino, frente al café Bauer, el carruaje del emperador hubo de detenerse, y en el mismo instante un caballero americano aprovechó la ocasión para arrojar una corona de laurel en el coche del monarca, quien la recogió al punto y lanzóla de nuevo á su adulador, diciendo con una sonrisa: «Espere usted un poco, amigo mío, que aún no la he ganado.» Al oirse esta contestación estalló una tempestad de aplausos de los que observaban aquel curioso incidente, que fué motivo para vitorear al emperador. Llegada la comitiva á la estación, encontró

La gran guerra de 1892. – Los caballeros de Malta en las ambulancias

allí reunido al estado mayor, con la oficialidad y los ministros, rodeados de personas de todas las clases, que habían acudido allí para ver partir al emperador. Después de haber conversado algunos minutos con el conde Caprivi, el monarca se volvió hacia la emperatriz, abrazóla cariñosamente y pasó en seguida á su coche-salón. A los pocos momentos el tren se puso en marcha, conduciendo al primer emperador alemán que desenvainaba su acero contra el czar de todas las Rusias.

UN CORRESPONSAL DE LA GUERRA Y LOS HÚSARES DE ZIETEN

EL VIVAC EN THORN

(Carta de nuestro corresponsal particular.)

Thorn, 27 *abril*

Siguiendo el camino que el emperador tomó, llegué aquí esta mañana, gracias á la cortesía del barón Von Tauchnitz, hijo del célebre editor de Leipzig, que tuvo la fina atención de cederme un sitio en el tren que conduce el regimiento de artillería de Magdeburgo, que está á sus órdenes. Mientras cruzaba el puente desde la estación del camino de hierro para reclamar el alojamiento que se me había señalado, me llamó la atención un rumor de voces que se oía debajo: era un piquete de húsares de Zieten que daban de beber á sus caballos en el Vístula, cuya corriente es aquí muy ancha y majestuosa. Mientras los cuadrúpedos bebían, sus jinetes estaban muy entretenidos y reíanse á carcajadas al observar los esfuerzos de lo que me pareció ser un enorme perro de Terranova. Sin embargo, un momento después reconocí una forma humana que parecía pugnar por acercarse á la orilla, y entonces vi con asombro que lo que yo tomaba por un perro era Salomón Hirsch, el bien conocido corresponsal del *Berliner Tageblatt*, que con el traje descompuesto y el cabello chorreando agua asemejábase desde lejos más bien á un individuo de la raza canina que á un hombre. Parece que el infeliz, llenando sus funciones con más celo que discreción, habíase malquistado la voluntad del ejército, publicando en un papel los más minuciosos detalles respecto á la concentración y posición de las tropas alemanas hacia la frontera rusa. Los húsares de Zieten, más resentidos que los demás y conociendo muy bien al corresponsal, resolvieron mantearle, y arrojáronle después en el Vístula, donde le dejaron para que saliera de allí si podía. No he querido omitir este incidente joco-serio que me impresionó mucho, porque servirá para explicar la falta de minuciosos detalles en mis telegramas, en los cuales no hablaré más que de las posiciones y movimientos de las tropas alemanas, concretándome á los informes generales. A decir verdad, sería digno de sufrir la suerte de mi infeliz colega si abusara de la hospitalidad que tan generosamente se me ha concedido, revelando planes que no se han puesto en ejecución.

Por otra parte, solamente se me ha prometido el uso del telégrafo de campaña y otros, mediante la condición de que mis telegramas no comprenderán más que cierto número de palabras, por lo cual deben ser muy breves.

El emperador, acompañado del rey de Sajonia y varios jefes de alta graduación, acaba de volver, después de haber inspeccionado el círculo de los fuertes exteriores, dentro de los cuales se hallan las tropas. Desde las alturas de esta poderosa ciudad fortificada no se puede ver en todo el espacio que la vista alcanza más que una interminable serie de tiendas de campaña y vivaques. Nunca se había concedido al soldado alemán ni un pedazo de lona para preservarse de la intemperie: en Francia, país donde los pueblos son numerosos y donde hay otros medios para acantonarse, ciertamente no necesita tiendas; pero no sucede lo mismo en Rusia, con su riguroso clima, sus extensos terrenos sin cultivo y sus espacios inhabitados. Sin duda ante la perspectiva de una campaña en semejante país, el estado mayor, con esa notable previsión que siempre le distinguió, juzgó oportuno equipar á todo el ejército con las mejores tiendas de campaña, á prueba de agua, de viento y fuego, teniéndose muy en cuenta que una simple chispa de un vivac bastaría para producir una espantosa conflagración.

No pasaré en silencio un curioso incidente ocurrido cuando el emperador pasaba por delante de la estatua de Copérnico, que, como es sabido, nació en Thorn. Después de mirar un instante el monumento de aquel inmortal astrónomo, el monarca se volvió hacia los que le rodeaban y díjoles: «Señores, ved al hombre que primero abrió los ojos al mundo sobre la verdadera naturaleza del sistema solar, y yo creo que con ayuda de Dios también nos será dado señalar á Rusia su debido lugar en el sistema de las naciones.»

PLAN DE CAMPAÑA DE AUSTRIA

DETALLES DE LOS PREPARATIVOS

(Por telégrafo.)

Thorn, 24 *abril*

El emperador, que sigue desplegando mucha actividad y energía, ha obsequiado con un banquete esta noche en las destartaladas habitaciones del antiguo y lóbrego palacio al barón Beck, jefe del estado mayor austriaco, quien durante la movilización de las tropas, efectuada por una simple orden de Viena, llegó apresuradamente aquí para concertarse con su colega alemán, el conde Von Schlieffen, sucesor de Moltke. Por conducto digno de confianza he sabido que las comunicaciones del barón Von Beck se reducen en substancia á lo siguiente:

Se había descubierto, y no debía dudarse de la certeza de la noticia, que el principal objeto de la invasión rusa era Lemberg, en cuya dirección el general Dragomiroff concentraba numerosas tropas, tomadas del 4.°, 8.°, 9.°, 10.°, 11.° y 12.° cuerpos de ejército, que tienen á retaguardia otras fuerzas. Estas avanzaban tan apresuradamente como lo permitía el defectuoso sistema de líneas férreas del país. Austria, por su parte, había resuelto combinar sus fuerzas defensivas en tres ejércitos: uno de 300.000 hombres al Este de Galitzia, sobre el Dniester; otro de 150.000 sobre el Save, apoyándose en Przemysl, ese tremendo baluarte de la la Galitzia central; y un tercero de 120.000 cerca de Cracovia, formidable plaza de armas sobre el Vístula superior. En estas fuerzas no se comprenden ocho divisiones de caballería que deben escalonarse á lo largo de la frontera de Galitzia, en los puntos que puedan ofrecer más peligro por las incursiones de los rusos. Tales eran entretanto las relativas disposiciones á cada lado de la frontera austro-rusa; mientras que por otra parte el general Gourko, el héroe de los Balkanes, concentraba en Varsovia cuatro cuerpos de ejército y otras tropas con el doble objeto de tener á los alemanes en jaque y operar hacia Cracovia sobre el flanco izquierdo de los austriacos. Además de esto, el segundo cuerpo de ejército ruso del Wilna y el tercero del Riga parecían operar en el Dniemen inferior con objeto de no perder de vista á Konigsberg. El barón Beck confiaba que los alemanes darían pronto cuenta de aquellas tropas moscovitas en las provincias del Báltico, así como en la Polonia occidental.

Como en prueba de lo mucho que había satisfecho el bien entendido plan de campaña del barón Beck, el emperador confirió la condecoración del Aguila Roja al distinguido jefe del estado mayor austriaco, confiándole al mismo tiempo una misiva autógrafa para su augusto señor en Viena.

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Thorn (sin fecha)

Por conducto de mi corresponsal del ejército del Báltico en Konigsberg he sabido que su movilización se ha completado ya, y que el conde Waldersee está ardiendo en deseos de atravesar la frontera para arrancar una hoja de la corona de laurel del general Gourko.

El cuerpo de ejército de Pomerania ha recibido orden de impedir todo desembarco de los rusos en la orilla del Báltico, y el 9.° cuerpo ha quedado en Schleswig-Holstein para el doble objeto de frustrar toda tentativa en este puerto y no perder de vista á Dinamarca, cuyo corazón está en favor de los moscovitas y no ha olvidado todavía los reductos de Duppel.

Por otra parte, trabájase activamente en las fortificaciones de Breslau; mientras que el ejército de Silesia, al mando del príncipe Jorge de Sajonia, se escalona á lo largo de la línea férrea, paralela á la frontera rusa, entre Kreuzburgo y Tarnowitz, dispuesto para emprender una marcha de frente por la frontera, ó practicar un movimiento de flanco para prestar apoyo en dirección á Cracovia, según lo exija el caso.

Estamos bien enterados respecto á la concentración de las tropas austriacas; pero como los alambres del telégrafo ruso han dejado de hablar al mundo exterior y no se permite á los viajeros entrar en Rusia ni salir, estamos todavía á obscuras en cuanto se refiere á su reunión de tropas y á sus movimientos. Sin embargo, mañana, si es posible, haremos un esfuerzo para rasgar un poco el velo que encubre ese misterio.

PRIMER ENCUENTRO DE LAS TROPAS RUSAS Y ALEMANAS

ESCARAMUZA EN ALEXANDROVO

(Telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Thorn, 30 *abril*

Acabo de regresar con dos escuadrones de los húsares de Zieten, que habían ido á practicar un reconocimiento á través de la frontera rusa y llegaron á la vista de Alexandrovo (aquí fué donde se celebró la entrevista entre el anciano emperador alemán y el último czar Alejandro II, en septiembre de 1879, poco antes de firmarse el tratado de alianza austro-alemán). Es curiosa coincidencia que la primera sangre, en la presente campaña, se haya vertido á la vista del punto en que el anciano emperador Guillermo, muy contra el parecer del canciller Bismarck, conjuró al czar á desistir de sus operaciones de guerra, asegurándole que por su parte estaba resuelto á mantener la paz.

Cuando estuvimos á cosa de una milla de Alexandrovo, un cañón perteneciente á un cuerpo de cosacos rompió el fuego contra nosotros: el proyectil, que estalló á nuestro frente, mató dos caballos é hirió gravemente á un hombre. Sabiendo ya las disposiciones del enemigo, volvimos grupas, llevando como fruto de nuestro reconocimiento la noticia de que Alexandrovo estaba ocupado por tropas de todas armas. Cuatro compañías de cosacos nos persiguieron; pero llevábamos mucha ventaja, y un cañón de nuestra batería de montaña les disparó algunas balas como recuerdo de nuestra visita.

(Continuará)

MOHAMED TEUFIK (1)

El jedive de Egipto ha muerto.

Con él desaparece el soberano de un Estado, pero no el árbitro de un poder, ni el factor de una política, ni siquiera el monarca de un reino. Sólo se ha desvanecido un fantasma que flotaba en los palacios del Oriente africano, mejor como recuerdo que como símbolo de la autoridad real por el ilustre Mohamed Alí establecida en Egipto hace ochenta y siete años.

He conocido personalmente á Teufik y en varias ocasiones me he honrado con su trato. Unas veces le he visto ejerciendo de soberano, en medio del círculo de diplomáticos de su corte, teniendo para todos una sonrisa amable y una palabra de afecto. Otras veces he departido con él largo rato en su hermoso palacio de las cercanías de Ramleh, sentados en ancho diván de la espléndida sala cuyo mejor decorado era aún la vista al mar de Alejandría y á las ruinas del palacio de Cleopatra. Siempre cortés y atento conmigo, habiéndome complacido en cuanto le hube de pedirle por razón de mi oficio, el buen recuerdo de Teufik-Bajá me impone el primer deber de dedicar cuatro líneas cariñosas á su memoria, antes de señalar las grandes deficiencias de su efímero reinado.

Era el monarca más llano, más sencillo y más civilizado de cuantos he tenido ocasión de conocer en el curso de mis peregrinaciones orientales. Bajo, regordete, algo pesado en el andar, con toda la barba, pero sin raparse la cabeza como suelen hacerlo los musulmanes, vivía con una sencillez verdaderamente espartana. Era firme creyente en las doctrinas del Islam, aunque no aprovechó la facilidad que éstas conceden al hombre para disfrutar las caricias legales de muchas mujeres, y nunca quiso organizar el harén, contentándose con la sola y única esposa que tenía. Poco fastuoso, prefería irse á disfrutar la compañía de su mujer en las habitaciones de ésta, á vivir en las ostentosas salas del palacio de Abdín. Apenas verificaba recepciones, fuera de las estrictamente oficiales, es decir, una vez al año por el *Curbán Bairam*, ó sea la Pascua musulmana. Festejaba poco á los europeos ilustres que visitaban su país, y cuando no podía prescindir de sentar alguno de ellos á su mesa, lo hacía acompañándose sólo con media docena más de personas. Ordinariamente comía con su mujer, y aun es fama en el Cairo que era gran partidario del arroz blanco, conocido por los árabes bajo el nombre de *pilaf*.

Es decir, sencillo, sobrio, amable, complaciente: tal era Teufik. Si tales condiciones en un soberano bastaran para hacer la felicidad de sus pueblos, el de Egipto hubiera podido ofrecerse como modelo á los del continente europeo.

Por desgracia la situación del antiguo imperio de

(1) Véase además la descripción de los grabados.

los Faraones y Ptolomeos exigía otros hombres y distintos caracteres. Mala estrella presidía los destinos de aquel país cuando Mohamed Teufik fué llamado á dirigirlos, y su inexperta mano no pudo guiar el timón de la débil nave batida por recios temporales. Tan sólo le fué dable realizar un verdadero milagro de la política moderna, ó sea perder su país y conservar su corona. Desde el año 1882 el jedive era un rey destronado que seguía viviendo en sus palacios y cobrando la lista civil.

En los cuarenta años de vida que tenía Teufik cuando ha bajado al sepulcro, pudo asistir á la rápida decadencia del pueblo egipcio, un instante levantado después de las guerras napoleónicas por la voluntad de hierro del fundador de la dinastía jedivial, Mohamed Alí. Sus dos sucesores Abbas-Bajá y Saíd-Bajá, inficionados por los principios turcos, se creyeron déspotas absolutos del país que no cuidaron de engrandecer y civilizar. En cambio Ismail-Bajá, padre de Teufik, subido al trono en 1863, se dejó imbuir con demasiada facilidad por las ideas europeas y quiso hacer del Egipto un remedo de Francia y de su corte una parodia de las Tullerías. Con ello inició y llevó á efecto la total ruina de su patria.

Porque ni la elevación pudo ser más rápida, ni la caída más profunda. El Egipto se reveló á Europa en el año 1870, con motivo de la apertura del famoso istmo de Suez. A las aguas de Puerto Saíd acudieron las escuadras de guerra de todos los países del mundo, los soberanos de algunas naciones, los diplomáticos de todas las cortes, los comisionados de todos los centros científicos. El jedive Ismail, embriagado por la gloria, creyó que aquel oropel ofrecido ante su vista era la realidad de una nueva riqueza revelada al país, riqueza fácil de convertir en oro porque bastaba pronunciar la palabra *empréstito* para hallar dinero en abundancia. Perdió el sentido de la prudencia aquel monarca que ya lo tenía poco desarrollado, y con los años llegó el día en que no pudieron exigirse al pueblo mayores tributos, ni fué posible satisfacer á los acreedores extranjeros y pagar el cupón á los tenedores de la deuda.



ABBAS-BAJÁ, el nuevo jedive de Egipto



LA PRINCESA EMINEH HANEM, viuda de Teufik Bajá

Vino el inevitable desastre, que empezó con la intervención de la hacienda egipcia por un delegado inglés, Mr. Rivers Wilson. Se embargaron todos los bienes de la corona, constituyéndolos en administraciones extranjeras, cuyos productos iban casi íntegramente á las cajas de los banqueros judíos de París y Londres. Se secuestraron además las contribuciones de cinco provincias, las más ricas del reino, para afectarlas al pago de la deuda exterior. Y finalmente, ya que se dejaba al Egipto sin rentas, se quisieron reducir sus gastos suprimiendo de una plumada la mitad de su ejército y poniendo en la calle á más de cuatrocientos oficiales que tenían su carrera por único porvenir y á los cuales se debían veintisiete mensualidades de su paga.

Esta última disposición colmó la medida de las que el pueblo egipcio sobrellevaba con paciente resignación. En febrero de 1879 estalló el primer motín en el Cairo, y mientras las muchedumbres se desataban en denuestos contra el gobierno, los cuatrocientos oficiales destituídos iban al ministerio de Hacienda y atacaban y herían malamente al presidente del Consejo Nubar-Bajá y al ministro inglés Wilson. El jedive Ismail en persona se presentó para contener las turbas, pero ni su voz fué escuchada ni su autoridad reconocida; por el contrario, poco faltó para que el motín popular se volviera contra el soberano.

En aquel día y por las calles de la ciudad cairota nació el *partido nacional*, de gran empuje y de fecundas iniciativas en sus primeros días, puesto que logró derribar al ministerio mixto y constituir otro presidido por Teufik. Allí aparece por vez primera en la historia egipcia el monarca cuya pérdida motiva estas líneas, joven de veintisiete años, sin experiencia ni educación política alguna, llamado sin embargo á dirigir los consejos de su padre.

Nada hizo. Verdad es que su nombre encubría á la persona del ministro Riaz, árabe astuto y alma verdadera de aquel gabinete; pero ni éste ni Teufik supieron hallar una solución á los conflictos pendientes, ni menos satisfacer las aspiraciones del partido que les había dado el poder. Un mes y medio después de haberlos nombrado, el jedive Ismail aceptaba la dimisión de sus consejeros, destituía á los delegados extranjeros que figuraban en su gobierno y trataba de formar con Cherif-Bajá otro consejo que mejor respondiera á las exigencias del partido nacional. Pero era ya tarde para intentar con éxito esta



VISTA PANORÁMICA DEL CANAL DE SUEZ

1. Puerto-Saíd: cuenca y entrada del canal en el Mediterráneo. – 2. Lago Menzaleh. – 3 Kantaro-el-Krasué. – 4. Ruinas de Pelusa. – 5. Katieh. – 6. Canal de Necos, antiguo canal. – 7. Entrada de el-Guisr. – 8. Lago y ciudad de Timsah. – 9. Scheick Ennedech (tumba). – 10. Canal de agua dulce, derivado del Nilo, abierto en Ouadeé Tonmillat (antigua tierra de Gesssen). – 11. Desembocadura del antiguo canal. – 12. Lagos amargos, antiguo golfo del mar Rojo. – 13. Canteras de Gebel Geneffé. – 14. Camino de Suez al Cairo. – 15. Primer campamento de Mr. Lesseps. — 16. Pozos de Suez. – 17. Depósitos de aguas pluviales. – 18. Depósito de las aguas del Nilo. – 19. Montes Attaka. - 20. Suez. – 21. Rada de Suez y entrada del canal en el mar Ro o. – 22. Montes Tieh, al Sudeste hacia el monte Sinaí.



El difunto Teufik-Bajá, jedive de Egipto

PALACIOS DEL JEDIVE DE EGIPTO

1. Ras-el-Tin, Alejandría. – 2. La ciudadela en el Cairo. – 3. Palacio en Ismailia



AL TRAVES DEL CANAL DE SUEZ

1. Panorama de Puerto Said. – 2. Calle del Comercio en Puerto Said. – 3. Familia de fellahs. – 4. Mujeres de Puerto Said. – 5. Curva de Chalouf en el canal
6. Mujer de Puerto Said. – 7. Haciendo la *toilette*. – 8. Entrada del canal en la dársena número seis

política: á las desconfianzas levantadas en el país contra el soberano, se unieron los recelos de los gabinetes extranjeros que creían en peligro el pago de la deuda, é impotente para resistir la presión ejercida por unos y por otros, Ismail se vió forzosamente obligado á abdicar la corona á favor de su hijo Mohamed Teufik.

Los sucesos que entonces se desarrollaron en Egipto fueron agravándose de día en día, y desde luego demostraron que Teufik no era hombre para dominarlos. Sin alientos para concebir un plan de gobierno, sin energía para resistir una imposición extraña, sin voluntad fija que le trazara una línea de conducta determinada, el nuevo monarca fué vacilando del partido nacional al de los extranjeros, sin pensar que tal sistema le aislaba del país y reducía sus partidarios al número de empleados que dependían de su nómina.

El malestar y la agitación fueron aumentando, hasta que en el año de 1881 se sublevó la guarnición del Cairo y obligó al monarca á firmar una verdadera capitulación con Arabi Bey, que de coronel de infantería ascendió rápidamente á general, bajá, ministro de la guerra y jefe del partido nacional. El único acto de energía realizado por Teufik consistió en resistir hasta la temeridad esta imposición de su pueblo, no franca y lealmente, atacándola en el gobierno ó batiéndola por las calles, sino á la sombra de secretas negociaciones que entabló con las cancillerías de Londres y París para solicitar una intervención armada en su patria.

Quizás en aquel momento hubiera sido un bien para el Egipto la desaparición de Teufik. Nadie tenía á su lado, si exceptuamos el armenio Nubar, á Cherif y Riaz. En cambio, del otro lado, todo el ejército, los ulemas, la masa popular, simpatizaban por la causa del partido nacional, y tal fué el movimiento en sus orígenes, que cuantos seguían desinteresadamente la marcha de los sucesos llagaron á creer que iba á declararse la guerra santa, y que el amor á la patria y el fanatismo religioso obrarían milagros en aquel pueblo, si aletargado, no incapaz de grandes energías.

Además no puede ocultarse que la personalidad de Arabi era altamente simpática. Como representante del sentimiento nacional de un pueblo cuya independencia estaba amenazada, su popularidad era inmensa, imponiéndose además por sus condiciones personales, adecuadas al desempeño del papel de caudillo á que aspiraba. Era de alta estatura, aspecto imponente, tipo amarillo como los árabes de su raza, mirada firme y fisonomía revelando carácter y tenacidad. En los discursos que alguna vez dirigió á las tropas era elocuente, procurando inculcar la resistencia, no por fanatismo ni por odio de raza, sino por dignidad nacional, por amor á la patria.

En cambio los trabajos de zapa de Teufik produjeron sus naturales resultados, puesto que en mayo de 1882 se presentaron en el puerto de Alejandría dos numerosas flotas de Francia y de Inglaterra. Sea que su vista excitara el odio popular, ó que en el interior de la ciudad ocurriera algún conflicto, el caso fué que el día 11 de junio siguiente estallaron serios alborotos, terminados por una coalición entre árabes y europeos. Declaróse el estado de guerra con tal motivo, y se dió pretexto para la intervención militar extranjera, porque el jedive corrió á refugiarse en su palacio de Ramleh al amparo de la escuadra anglo-francesa, y desde allí destituyó á Arabi, mientras Inglaterra pactaba con Francia la manera de que ambas naciones ocuparan el Egipto. Como no hubo acuerdo entre los dos gobiernos, el británico decidió obrar por su cuenta, y á primeros de julio despachó con rumbo á Alejandría otra escuadra al mando del almirante Seymour. Por su parte, Arabi marchó con todas las tropas del Cairo á defender la ciudad amenazada, pero la insubordinación ganó sus filas sin que el jefe supiera contenerla: sacó un ejército de la capital, y entró en Alejandría con una horda de militares sublevados.

Los acontecimientos que entonces se desarrollaron en la escena política egipcia, harto conocidos son de todo el mundo para que nos ocupemos en su reseña. Los ingleses bombardearon á Alejandría, destruyendo sus fuertes y desalojando de la población á la patulea de Arabi; los beduínos del vecino desierto y de los arenales de Abukir cayeron como una avalancha en la ciudad abandonada, saqueando sus almacenes é incendiando los edificios de sus más hermosos barrios; las tropas insurrectas fueron á atrincherarse en el imaginario campo de batalla de Tell-el-Kebir, en donde se declararon vencidas más por el león de San Jorge de las libras esterlinas inglesas que por los tres mil soldados de lord Wolseley, y finalmente en aquella hora se inaguró la ocupación militar del Egipto por Inglaterra, que no ha terminado aún ni probablemente acabará durante muchos años, á pesar de las platónicas protestas del gobierno de Francia, puerilmente interesado ahora en evitar lo que antes no supo prever.

En tanto el jedive Teufik ha visto deslizarse en plácida tranquilidad los días de su reinado. Verdad es que las turbas sublevadas del Darfur llevaron los límites de su Estado á las fronteras de la isla Elefantina, arrebatándole las ricas provincias del Sudán y el Kordofán; pero allá en la región granítica de Philœ, á la sombra de los suntuosos templos y de las columnas lotiformes de la isla consagrada á Isis, un ejército británico le aseguraba la paz en el Egipto propio. Teufik no tuvo para qué preocuparse más de su país; nada le importaron los proyectos italianos en el mar Rojo, la reducción cada día mayor de los territorios de su reino, la perdida influencia en los asuntos del canal de Suez, la creciente miseria del *fellah* en los campos egipcios. Sus consejeros ingleses nunca han dejado de garantizarle la posesión pacífica del poder y el cobro íntegro de sus emolumentos de soberano.

Así ha podido vivir Teufik, los inviernos en el delicioso palacio de Abdín, rodeado de jardines cubiertos de flores; en verano á orillas del mar en su real residencia de Ramleh; y Guizeh con sus parques y sus cazas, y Gezireh con hermosas huertas, y Heluán con sus baños, le ayudaron á distraer los ratos de ocio que pudo tener aquella inteligencia poco dispuesta al estudio de los males de su reino. Le ha sorprendido la muerte en Heluán, pequeño sitio de recreo edificado en la orilla del desierto á la ribera derecha del Nilo y á pocos kilómetros del Cairo, en donde el jedive Ismail había construído uno de sus innumerables palacios junto á un manantial sulfuroso que brota de las vecinas montañas de Tura.

Descanse en paz Teufik. Su cadáver ha sido ya trasladado al suntuoso mausoleo que los miembros de la familia de Mohamed Alí ocupan en la famosa ciudadela de Saladino. Allí, en la primera noche del encierro, bajo la lóbrega cripta, los ángeles Munkar y Nikir fueron á interrogarle sobre sus pensamientos y acciones en esta vida. Allí esperará, como fiel creyente, la resurrección en el seno de Alah y la dicha eterna en el cielo el día que todos los mahometanos sean llamados al gran juicio de Dios.

¿Qué responderá Teufik en este juicio final? Cuando el angel Asrafil aparezca con su trompeta en los espacios y por dos veces llame á los muertos y á los vivos, el infortunado monarca egipcio verá escribir todos sus actos en los libros de los ángeles, y ante el supremo juez deberá defenderse de los cargos que indudablemente le hará por no haber sabido procurar la felicidad á sus súbditos.

Que el Dios clemente y misericordioso, el único y el grande, tenga piedad de Teufik, y permita á su alma el libre paso por el puente de un cabello que sólo cruzan las almas buenas para llegar á Alah.

Eduardo Toda

NUESTROS GRABADOS

La oración, cuadro de Félix Ehrlich. – El sentimiento religioso que tantas maravillas hiciera brotar del pincel de los grandes maestros de todos los tiempos pasados, sigue inspirando á algunos artistas que buscan en la expresión de los grandes afectos algo que en medio de las pequeñeces de un realismo tan mal entendido por muchos, recuerde que también puede el corazón ser elemento importantísimo en las manifestaciones del arte, aun sin remontarse á las ficciones de un idealismo exagerado.

El pintor alemán Ehrlich nos da buena prueba de ello en *La oración*, bellísimo cuadro en el cual flota una poesía y vibra una sentida nota que llegan al alma y avaloran las excelencias técnicas de la obra.

***

Estudio, de D. Román Ribera. – Cuando de un verdadero artista se trata, su genio se descubre en el cuadro más sencillo, en el estudio más insignificante. Tal acontece con el Sr. Ribera: véase el dibujo que reproducimos y dígase si no se revela el maestro en esos cuatro trazos, producto de una difícil facilidad, merced á la que en pocas líneas enérgicamente acusadas ha sabido presentarnos una figura arrancada de la vida real, que parece sorprendida por un aparato fotográfico.

***

Retratos de Teufik-Bajá, Abbas-Bajá y de la princesa Emineh Hanem — Vistas del canal de Suez y de Puerto Saíd. — Por el interesante artículo de nuestro distinguido amigo y colaborador D. Eduardo Toda habrán podido nuestros lectores formarse perfecta idea de la personalidad del ex jedive de Egipto Teufik-Bajá, fallecido el día 7 del pasado enero. Nada hemos de añadir á él y sí sólo decir con referencia á los retratos que publicamos de su viuda y de su heredero que la primera es nieta de Abbas-Bajá, tío de Teufik, tercer virrey de Egipto á partir de Mahomed-Alí, fundador de la dinastía, y que el segundo nació en 14 de julio de 1874 y ha sido educado en parte por profesores ingleses, en Egipto, y en parte en Viena, en cuyo Colegio Teresiano se encontraba cuando la muerte de su padre le ha puesto en posesión del trono de Egipto.

Mucho debiéramos extendernos si hubiésemos de describir, aunque fuese someramente, las alternativas por que ha pasado desde los más remotos tiempos hasta nuestros días el proyecto definitivamente realizado del canal de Suez; de aquí que nos limitemos á consignar simplemente algunos datos que juzgamos de interés acerca de esa obra colosal que inmortalizará al insigne Lesseps. Ya los Faraones de la décimanovena dinastía abrieron un canal que puso en comunicación entre el Mediterráneo y el mar Rojo y que más tarde cegaron el barro del Nilo y las arenas de los mares. Los Ptolomeos primero, los romanos después, los islamitas más tarde soñaron con la reconstrucción del canal y aun hicieron trabajos que permitieron, en distintos períodos, utilizarlo temporalmente; pero cuando se estudió seriamente el proyecto fué durante la expedición de Napoleón I á Egipto, si bien los sabios que á tal tarea se consagraron, capitaneados por Lepere, después de no pocos trabajos renunciaron á su propósito ante el peligro que significaba en la unión de los dos mares el desnivel de 10 metros que se supuso existía entre el mar Rojo y el Mediterráneo, desnivel que se decía había de ser causa del desbordamiento del primero y consiguiente inundación del litoral del segundo de estos mares.

Sin embargo, la idea de separar el Asia del Africa por un nuevo Bósforo no debía ya ser abandonada y aun llegó á constituir el dogma de una religión nueva desde que los sansimonianos la incluyeron en su apostolado, propagándola en sus periódicos y llevándola á Oriente cuando se vieron obligados á salir de Francia. Desaparecido el sansimonianismo, subsistió aquel pensamiento, y los adeptos de la secta, convertidos en industriales poderosos, siguieron siendo defensores entusiastas de la apertura del istmo, y tanto pudo su propaganda en la opinión pública, que fué preciso proceder á nuevas nivelaciones que demostraran si Lepere anduvo equivocado en la suya, como sostenían numerosos sabios, entre ellos Laplace y Fourier.

En 1847 constituyóse una sociedad de estudios europea, y bajo la dirección de los ingenieros Linan, Talabot y Bourdaloue nivelóse de una manera definitiva el suelo del istmo, desde Suez á Pelusa, y esta nivelación, de la que resultaba escaso desnivel entre las aguas de ambos mares, fué comprobada en 1853, 1855 y 1856.

Por fin después de varias alternativas comenzaron en 1854 las obras del proyecto definitivo, y en 1869 escuadras de todas las naciones se congregaron en Puerto Saíd, y sirviendo de escolta de honor al entonces jedive Ismail-Bajá asistieron á la inauguración del canal. Mide éste 164 kilómetros de longitud, de 60 á 100 metros de ancho en la superficie del agua y de 22 en el fondo y 8 de profundidad. El cubo de tierra y piedra extraídas representa una masa de 83 millones de metros, amén de los dragados anuales que no bajan de 600.000. La empresa costó 472 millones de pesetas, sin contar con los auxilios que facilitó el jedive en servicios, cesiones de terrenos, construcción de faros, dragados, anticipos de cantidades sin interés, obreros sujetos á corbea, etc., etc., representando otros 100 millones; pero todos estos dispendios, todos esos sacrificios y trabajos han sido recompensados moralmente por el hecho de haber llevado á cabo una obra que muchos creían quimérica y materialmente por los cuantiosos rendimientos de la navegación.

La gloria de esta grandiosa empresa corresponde por entero al eminente Fernando Lesseps, quien, libre de los temores y vacilaciones de sus colegas, dotado de una fe robusta y de una voluntad firme, animoso en medio de las dificultades financieras, de los desfallecimientos de los amigos y de la guerra sorda de los adversarios, pudo al fin ver realizada la obra magna que, como hemos dicho, ha de inmortalizar su nombre.

A la entrada del canal y en la playa arenosa que separa al Mediterráneo del lago Menzaleh, hállase situada Puerto Saíd, ciudad nueva como Ismailia, cuya construcción en una costa árida, azotada por las olas y á 40 kilómetros del más inmediato manantial de agua dulce, apartada de todo terreno cultivado, de toda arboleda, es un triunfo de la industria moderna. Las casas de la ciudad europea, construídas de madera, de ladrillos y de hierro, son en su mayoría almacenes de mercancías y productos diversos, tan ricos y bien construídos como los mejores de Europa. La ciudad árabe está emplazada á unos centenares de metros al Oeste de aquélla que acabará por englobarla en su incesante engrandecimiento. La rada exterior está protegida por dos escolleras de 2.500 y 1.900 metros de longitud que limitan un antepuerto de unos dos kilómetros cuadrados, en el que pueden anclar y maniobrar los buques de mayor tonelaje.

Puerto Saíd, aunque edificada en territorio egipcio, es por sus habitantes, por su comercio y por sus costumbres, una ciudad europea y hasta pudiera decirse francesa: el idioma francés es el que allí domina, y en las escuelas, así las de los padres capuchinos como en las de sus rivales los francmasones, no se habla otra.

En cuanto á la ciudad árabe, su población como se comprenderá, tiene los caracteres físicos de esa raza mestiza que produjo el cruzamiento de los invasores islamitas con los coptos, fellahs y demás pueblos indígenas de Egipto; por lo que hace á los caracteres morales, son árabes en toda pureza, pues sabido es que éstos impusieron, bien que no sin luchas y esfuerzos, su idioma, su religión y sus costumbres á la mayor parte de los descendientes de los primeros pobladores del país de los Faraones.

***

Por aquí debe estar, fotografía directa de Hugo L. Steichel. – Lo que dijimos hace poco de unas fotografías premiadas en un certamen celebrado en Alemania, puede aplicarse á la que hoy reproducimos: las dos figuras, el jardín que les sirve de fondo y aun el asunto mismo tienen verdadero carácter artístico, resultando una composición que fácilmente pudiera confundirse con un cuadro.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

– Siendo esta la última visita que debe hacer á usted su tutor americano, paréceme que no se le debe robar un solo momento para tomar informes sobre los parientes de usted.

Apenas pronunciadas estas palabras, Pablo se estremeció al notar la expresión de alegría que animó los ojos de la joven.

– Sin duda olvida usted, repuso Hierba, que si es la *última* visita, también es la *primera*.

– Pues por lo mismo, replicó el joven senador entre grave y risueño, debo rogar á usted que no prodigue demasiado sus atenciones, que me atrevería á reclamar, dado el corto tiempo que debo permanecer aquí.

Con esto acabó por el pronto el diálogo de los dos jóvenes.

Cuando las señoras se hubieron levantado de la mesa, Pablo se sintió más tranquilo, pero solo un momento, pues el juez Backer acercó á él su silla, retiró el cigarro de su boca y dijo al joven:

– Amigo Hathaway, me he librado, no sé cómo, de cometer una imprudencia, diciendo á Hierba alguna cosa que tal vez hubiera sido inconveniente.

Pablo miró á su interlocutor con fría curiosidad.

– Sí, continuó el juez, seguramente hubiera sido inoportuno. ¿Sabe usted quién fué mi rival en la compra del collar?

– No, contestó Pablo con indiferencia.

– Pues sepa usted que fué Carolina Howard: ella compró el collar delante de mí, ofreciendo más subido precio.

Pablo no perdió la serenidad: gracias á la circunstancia de que Hierba no estaba presente y de que D. César, que había oído la conversación, se adelantaba sonriendo maliciosamente, su agitación se convirtió en una fría y desdeñosa cólera.

– Y supongo, repuso con la mayor calma, que según sucede casi siempre con ciertas mujeres, el collar volvería muy pronto, por conducto del prestamista sobre alhajas, á poder del joyero. Esto es lo más común.

– Sí, por supuesto, replicó el juez Backer alegremente; eso sucedería en último resultado; pero ¿no recuerda usted qué poco faltó para que se me escapara el secreto?, añadió sonriendo.

– En efecto, se ha librado usted de inferir un insulto, al parecer gratuitamente, dijo Pablo con gravedad.

Y fijando la mirada de sus ojos brillantes de cólera, no en su interlocutor, sino en D. César, que estaba delante, añadió:

– Me parece que iba usted á decir algo. ¿Se puede saber qué?

– Pues... que... esa Carolina Howard... Sí, creo haber oído hablar de ella. Y en cuanto á la señorita Hierba... ¡ah! es compatriota mía... ó por lo menos así lo creo... Sí, la reclamaremos.

– Hay personas, repuso Pablo con marcada ironía y tono provocativo, que tienen por costumbre hacer reclamaciones solamente cuando convienen á sus propias miras, sin fundarse en un principio de justicia.

El joven senador conocía muy bien el valor de sus palabras, y esperaba que se considerasen como una injuria. Veinticuatro horas antes habíase sonreído al oir á Pendleton decirle que convenía ante todo evitar un duelo, porque produciría escándalo, dando lugar á que se descubriese algo sobre lo que se quería guardar secreto; y ahora provocaba á un hombre, tan sólo por una sospecha, sin acordarse del consejo de su amigo. La idea de que procediendo así le sería posible desvanecer con seguridad las ilusiones de Hierba, indújole tal vez á buscar un duelo con su interlocutor.

Pero D. César, aparentando no comprender el sentido de sus palabras, no recogió el guante, y además el Sr. Woods intervino al punto, como si temiese una cuestión enojosa.

– D. César quiere decir, observó, que esa señorita tiene la idea de que es de origen español; ó por lo menos así lo dice Matilde; pero siendo usted uno de sus tutores, supongo que conocerá los hechos mejor que nosotros.

– Creo, replicó Pablo con frialdad, que lo mejor sería no mezclar aquí el nombre de la señorita Hierba, pues mi observación ha sido general, aunque estoy dispuesto á sostenerla si alguien se diera por aludido.

– Habla usted como un diplomático, amigo Hathaway, dijo el juez Backer con aparente entusiasmo, esperando sin duda atenuar así el mal efecto que habían producido sus palabras. Me parece muy bien contestado, caballeros, porque los hechos no deben publicarse hasta que llegue el momento oportuno, y aplaudo la discreción del Sr. Hathaway.

Sin embargo, cuando salieron de la habitación para reunirse con las señoras, el corregidor, quedándose atrás con el señor Woods, díjole en voz baja:

– Fácil es reconocer la influencia del coronel Pendleton en nuestro joven amigo, y en mi concepto convendría indicarle que no es oportuna su presencia aquí, como no lo fué tampoco la del coronel.

Pablo era demasiado buen observador para no fijarse en aquel diálogo; pero importábale poco lo que de él pudieran decir: tenía confianza en sí mismo, y se alegraba de haber hecho algo, aunque no fuese más que probar á D. César que no podía abusar impunemente de la debilidad ó de la ignorancia de su protegida.

A decir verdad, aún no estaba decidido sobre la línea de conducta que debía seguir; pero lo resolvería más tarde. Por lo pronto, no había ocasión favorable para hablar con Hierba á solas, pues en aquel momento conversaba con Matilde y la señora Woods, y ya iban llegando las personas invitadas á la reunión improvisada en su obsequio. Como estaba muy excitado por su diálogo anterior con el juez y don César, habló sobre política para distraerse, y muy pronto rodeóle un grupo de admiradores, á quienes sedujo con su elocuencia y la facilidad en el decir. Aquella escena le recordaba de un modo singular la que se produjo en el hotel de la Puerta de Oro cuando fueron á verle varios amigos con motivo de su reciente llegada; y al pensar esto, sus ojos buscaron á Hierba, temiendo ver en sus labios la misma irónica sonrisa que los entreabrió en aquella ocasión. Sus miradas se encontraron, y con gran sorpresa suya observó que esta vez la joven le miraba con expresión de simpatía, si bien muy pronto dirigió la vista á otra parte. ¿Qué le importaban ahora su enojoso diálogo con D. César ni los aplausos de sus amigos? *Ella* parecía orgullosa de él y esto le bastaba.

Hierba y Matilde aparentaban escuchar con mucha atención en aquel momento al juez Backer, que hablaba de las privaciones y fatigas que había sufrido en California en los primeros tiempos de la colonización; la heredera no hacía aprecio de D. Cesar, que estaba en el grupo, y solamente de vez en cuando dirigía algunas palabras á su hermana. Una ó dos veces Pablo intentó atraer á Hierba hasta cerca de la ventana del jardín; pero como la joven no abandonaba el brazo de Matilde, pensó que si solicitaba de ella una entrevista de breves momentos debería hablarla delante de su amiga. Sin embargo, abrigaba la esperanza de hallar ocasión oportuna para persuadirla. ¿De qué? Lo ignoraba.

Cuando se hubo retirado el último visitante, Pablo salió á la galería para fumar, rogando al Sr. Woods y á su esposa que no se molestasen para hacerle compañía. Matilde y Hierba acababan de retirarse al gabinete de esta última; pero como no se habían despedido, esperaba que volvieran. En su consecuencia, permaneció media hora más donde estaba, y después, viendo en la prolongada ausencia de la joven una negativa respecto á la conferencia que de ella solicitara para determinar su línea de conducta, dió un paso para salir de la galería. Pero como en el mismo instante mirase al jardín por última vez, llamóle la atención un objeto blanco, algo como un chal, sin duda olvidado allí; y no le extrañó poco observar, un momento después, que había cambiado de sitio. Antes parecía hallarse cerca del pabellón y ahora estaba indudablemente más lejos.

¿Sería posible que las dos jóvenes, ó *ella* sola, hubieran ido á esperarle allí? Profiriendo una exclamación de enojo por su torpeza, salió de la galería y dirigióse al pabellón; mas apenas hubo dado diez ó doce pasos, el objeto blanco desapareció, y cuando llegó al sitio en que antes lo viera no encontró nada. Decididamente, no sería Hierba la que estaba allí, pues sin duda le habría esperado, á no ser que se tratase de una broma; y creyendo más bien esto último, Pablo volvió á la casa y penetró en la sala por la galería. De pronto oyó como el roce de un vestido en la sombra; y al mirar á su alrededor vió á Hierba, no con el traje de antes, sino con una bata blanca que realzaba más aún sus encantos. Estaba sentada en un canapé con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

– Estoy esperando á Matilde, dijo, sonriendo con dulzura.

La luz melancólica del astro de la noche iluminaba á la joven en aquel momento, y á Pablo le pareció notar cierta palidez en su rostro.

– Matilde, continuó Hierba, ha ido á ver á una de las criadas que está enferma. Creíamos encontrarle á usted en la galería y de pronto vímosle salir y correr por el jardín como un loco.

– Sí, repuso Pablo, que comenzaba á perder su serenidad; me llamó la atención un objeto blanco en el jardín y pensé que se paseaba usted.

– ¡Yo en el jardín á estas horas y sola! ¿En qué piensa usted, Sr. Hathaway? ¿Es posible que no conozca aún las reglas de un convento, ó que haya formado tan pobre idea de la educación de su pupila?

Aunque la joven sonreía, Pablo creyó notar que su voz era tan trémula como la de él.

– Deseaba hablar á solas con usted, dijo algo bruscamente, y hasta pensaba rogarle que me hiciese el favor de dar una vuelta conmigo por el jardín.

– ¿Y por qué no hablar aquí?, replicó la joven, cambiando de posición y señalando el extremo del canapé, como si invitara á Pablo á sentarse. Aún no es muy tarde, y Matilde volverá dentro de pocos minutos.

Hierba estaba en la sombra, pero el brillo de sus hermosos ojos parecía iluminar su semblante. Pablo se sentó sin decir palabra, pues en aquel momento hallábase tan impresionado, que no supo qué decir; ya no era el orador elocuente de antes; más bien parecía un escolar torpe, y lo único que se le ocurrió fué exclamar:

– ¡Hierba!

– Me agrada, dijo la joven, oirle pronunciar ese nombre. Cualquiera creería que usted es quien me le dió, y hasta me parece que voy á sentir cambiarle por otro.

Estas palabras abrían la puerta á Pablo para iniciar la explicación que tanto deseaba, y aprovechó al punto la oportunidad.

– Precisamente, dijo, de esto me proponía hablarle. ¿Le parece que ese nombre no significa ni puede significar nada para usted? ¿No despierta por ventura en su memoria recuerdo alguno ni nada que tenga interés en saber? Le ruego que me hable con toda franqueza.

La joven miró á su interlocutor con aire sorprendido.

– Creo haberle dicho á usted ya, replicó, que ese nombre es absurdo y parece haber sido aplicado intencionadamente para ocultar otro; mas ¿por qué desea saber lo que acaba de preguntarme?

– Para ayudar á usted, repuso Pablo apresuradamente, para hacer cuanto me sea posible en su favor, si realmente cree y quiere creer que tiene otro nombre. Deseaba suplicar á usted que confiara en mí y me manifestase todo cuanto le hayan dicho sobre el particular, todo lo que sabe ó cree saber acerca de su parentesco con los Argüelles, ó con quien sea. Una vez conocido esto, me consagraré especialmente á probar lo que usted quiera ó le convenga. Bien ve que le hablo con toda franqueza, y solamente deseo que me corresponda con la misma y me manifieste sus dudas, á fin de que pueda aconsejarla, así como también desvanecer sus temores, para infundirle valor.

– ¿Y es eso todo cuanto tenía usted que decirme?, preguntó la joven tranquilamente.

– No, Hierba, repuso Pablo con apasionado acento, cogiendo una de sus manos sin que la joven opusiese resistencia, aunque mostrándose indiferento, no es todo; pero es todo cuanto debo decir, cuanto tengo derecho para decir y cuanto usted puede escuchar por *ahora*. Permítame abrigar la esperanza de que no está lejos el día en que me será dado decírselo *todo*, y en que comprenderá que este silencio ha sido el más duro sacrificio impuesto al hombre que ahora le habla.

– Esas palabras son dignas de un diplomático á quien espera brillante porvenir, replicó Hierba, retirando su mano, á la vez que miraba alternativamente á su interlocutor y hacia la puerta; y cuando haya arreglado mis asuntos, cuando tenga casa y nombre, podremos continuar esta interesante conversación. Hasta entonces, supongamos que no ha pasado nada entre nosotros, ó por lo menos ninguna cosa que pueda perjudicar á cualquiera de los dos. Lo mismo decía algunas veces mi cuarto tutor oficial, también abogado como usted, cuando se per día en conjeturas sobre el asunto referente á mi familia.

– ¡Pero, Hierba!..., comenzó á decir Pablo con ansiedad.

La joven levantó lentamente la mano, como para imponer silencio á Hathaway.

– Por aquí, amiga mía, dijo, cambiando de tono, por aquí; estábamos esperándote.

Hierba acababa de ver á Matilde, que se acercaba rápidamente, y que con delicada discreción detúvose en el umbral de la puerta.

– Ya hemos concluído de hablar, añadió, dirigiéndose á Matilde, y el Sr. Hathaway se ha interesado tanto en que yo no tenga verdadero nombre, que me ha prometido todos cuantos le parecen buenos y convenientes, excepto el suyo. ¿No es verdad, caballero Hathaway?

Así diciendo, Hierba se levantó, cogióse del brazo de Matilde y permaneció un momento inmóvil mirando á Pablo.

– Buenas noches, dijo al fin. ¿No te parece, Matilde, que es muy extraño para mí tener una entrevista á semejante hora de la noche? Y advierte, amiga mía, que el Sr. Hathaway me proponía pasear por el jardín.

Y saludando graciosamente, Hierba dió las buenas noches por segunda vez y alejóse con su compañera.

A las ocho de la mañana siguiente, Pablo estaba en la galería, de pie junto á su maleta.

– ¿Cómo se explica esta repentina determinación, amigo Hathaway?, preguntó el Sr. Woods, que llegaba presuroso. ¿No podría usted esperar el tren de la tarde? Las niñas bajarán pronto, y aún le quedará tiempo para almorzar con sosiego.

– Tengo mucho que hacer en San Francisco antes de mi regreso, contestó Pablo con acento breve, mucho más de lo que yo imaginaba. Por lo tanto ruego á usted que me excuse con su esposa y las señoritas.

– Supongo, repuso Woods, con expresión inquieta, que no habrán mediado más palabras entre don César y usted.

– No, contestó Pablo con tranquilizadora sonrisa, puedo asegurar á usted que no hemos hablado nada.

– Le pregunto esto porque sé que tiene usted el genio muy vivo, casi tanto como el coronel Pendleton. El bueno de Backer se arrepiente mucho de las palabras que pronunció ayer, y teme que alguien las haya creído intencionadas. Yo le he dicho que cometió una torpeza, y creo que su esposa le reprendió también. ¡Ja, ja! El pobre Backer se acuerda de aquellos antiguos tiempos en que todo el mundo hablaba de esas cosas y en que esa Carolina Howard era verdaderamente una mujer notable. Me han dicho que marchó á los Estados Unidos hace algunos años.

– Es posible, repuso Pablo con indiferencia.

Pocos momentos después, un coche se detuvo á la puerta de la casa, y entonces Pablo estrechó afectuosamente la mano del Sr. Woods, y díjole al poner el pie en el estribo:

– A propósito, amigo mío, ¿tiene usted por aquí algún fantasma?

– La casa es tan antigua, que bien podría haber alguno; pero no creo en tales cosas. ¿Por qué lo pregunta usted?

– Juraría haber visto anoche algo blanco que se movía junto al pabellón, y al acercarme no encontré nada. El fantasma, si tal era, había desaparecido.

– Supongo que será alguno de los criados de don César, entre los cuales cuéntase un indio que suele andar por aquí á todas horas, según me han asegurado; pero ya pondré remedio á ello. ¡Vamos, puesto que es innevitable la separación, con gran pesar mío, adiós, caballero Hathaway; buen viaje!

El Sr. Woods estrechó por última vez la mano de Pablo, cerrando la portezuela del coche, y éste se alejó rápidamente.

IV

Dos meses después, Antonio Shear, secretario particular del honorable Pablo Hathaway, entró en el despacho de éste, en Sacramento, y entrególe una carta.

– Acabo de llegar de San Francisco, dijo; pero el Sr. Slate me encargó entregar á usted esto cuanto antes, previniéndole que, si le bastaba, convendría devolvérselo desde luego.

Pablo rasgó el sobre y sacó de él una prueba de imprenta, la cual leyó rápidamente. He aquí lo que decía:

«A los que conocen la crónica de los primeros tiempos de California, les interesará sin duda saber que la tutela de que se encargó hace ocho años, de una manera algo excéntrica, el corregidor de San Francisco en unión de otros dos ciudadanos, cesó ayer, por haber llegado á su mayor edad una linda señorita, alumna en el convento de Santa Clara.

»Excepto los primitivos tutores, pocas personas conocían el hecho de que la tutela se ha ejercido sucesivamente por cuantos desempeñaron el cargo de corregidor durante dicho período, y hasta hace poco se pudo considerar como un misterio. El caso parece tener algo de novelesco, y nos recuerda los deberes patriarcales de los antiguos alcaldes, así como la sencillez de los primitivos tiempos de esta ciudad. Parece que en el período de trastorno y desorden que siguió á la ocupación americana, la viuda del primogénito de una de las más antiguas familias de California confió los bienes y la custodia de su hija á la misma ciudad de San Francisco, representada por el corregidor, encargado de la tutoría con dos amigos suyos. Al cabo de un año, la madre, muy quebrantada de salud, murió; y de la lealtad y prudencia con que esos caballeros desempeñaron su cometido se puede juzgar por el hecho de que los bienes que se les confiaron, no solamente estaban bien asegurados, sino que hoy día han tenido un considerable aumento. Gracias á la buena administración, la citada señorita, que ayer llegó á su mayor edad, no es tan sólo una de las más ricas herederas del país, sino que ha recibido la más esmerada educación. Ahora no es ya un secreto que la favorecida joven lleva el nombre de María de la Concepción de Argüelles de la Hierba Buena, nombre tomado de una propiedad de sus antecesores en la isla que ahora pertenece al Gobierno federal. También es curioso que la interesada haya preferido conservar su extraño nombre y sea conocida siempre entre sus amigos como la «señorita Hierba Buena.» Añadiremos de paso que nuestro más joven senador, el honorable Pablo Hathaway, en otro tiempo secretario particular del difunto corregidor Hammersley, ha sido uno de los tutores, aunque sin carácter oficial, habiendo correspondido principalmente este cargo al coronel Enrique Pendleton.»

Apenas hubo concluído Pablo de leer, cogió un lápiz y borró las últimas seis líneas; pero en vez de poner la prueba sobre la mesa ó devolvérsela á su secretario, permaneció silencioso, con el papel en la mano y como sumido en profunda meditación.

Bien fuese porque se cansara de esperar ó porque creyera reconocer en su joven jefe alguna inquietud, el secretario procuró llamarle la atención, distrayéndole de sus reflexiones.

– Supongo, dijo, que no ha recibido usted ninguna mala noticia, ni que se tratará de algún otro ataque contra la proposición presentada para auxiliar al coronel Pendleton, que por cierto fué muy atrevida.

Al oir estas palabras, Pablo volvió en sí al punto, como si despestara de un sueño.

– No, contestó; es todo lo contrario. Escriba usted al Sr. Slate dándole las gracias, y dígale que me parece muy bien el artículo, excepto las líneas tachadas por mí. ¿Fué usted á ver al coronel Pendleton?

– Sí, señor; estaba en Santa Clara, y no había vuelto aún, ó por lo menos así me lo dijo su negro. Y á propósito, ¿sabe usted que desde que los asuntos del coronel se arreglan un poco, el buen Jorge se da una importancia verdaderamente intolerable? ¡Pues no se atrevió á decirme que le complacería patrocinarle á usted, porque el coronel le aseguraba que era usted un joven de porvenir!

Pablo sonrió al oir estas palabras, y como volviese á quedar pensativo, el secretario llamó de nuevo su atención sacando del bolsillo varios papeles, al parecer de asuntos oficiales.

– He traído los informes, dijo.

– ¿Qué informes?, preguntó Pablo distraídamente. El secretario le miró con asombro.

– Los del jefe de policía de San Francisco, contestó, que tanto deseaba usted. ¿Es posible que se le haya olvidado?

– ¡Ah! Sí: gracias. Déjelos sobre el pupitre, y ya los revisaré más tarde. Ahora puede usted retirarse, y si alguien pregunta por mí, conteste que estoy muy ocupado.

El secretario desapareció, y entonces Pablo, recostándose en un sillón, comenzó á reflexionar. Al fin había llevado á cabo la obra que se propuso dos meses antes; el artículo que acababa de leer, y que se publicaría en el diario oficial de San Francisco muy pronto, era el fruto de una persistente investigación de averiguaciones, diligencias é informes obtenidos, y se aceptaría sin duda en lo sucesivo como un hecho auténtico, que si no bastante autorizado, por lo menos no sería fácil de refutar. Llegado á San Francisco, apresuróse á visitar al coronel Pendleton para proponerle su plan; pero con no poco asombro y pesar suyo, el coronel opuso objeciones, diciendo que era injusto á todas luces atribuir á determinadas personas hechos que no podían justificarse y suponer en favor de Hierba un parentesco de todo punto falso. Pablo replicó que en aquella cuestión el padre era un mito, y refirió el incidente ocurrido con motivo de las indiscretas palabras de Backer, por las cuales debía temerse que el secreto se revelara en el momento menos pensado. Añadió que si Hierba insistía en el plan que adoptaba para explicar su parentesco, tanto él como Pendleton debían aceptarlo, ó verse en la precisión de hacer pública la verdad de los hechos. Esto acabó de convencer al coronel, quien comprendía, por otra parte, que el verdadero peligro estaba en la incertidumbre y el misterio, que podían ser causa de investigaciones. Pablo aceptaba con gusto la responsabilidad, y obtuvo el asentimiento pasivo del coronel. La única revelación que temía era la que la madre pudiese hacer; pero Pendleton estaba casi seguro de que había abandonado del todo á Hierba y de que jamás volvería, puesto que se había desterrado por su propia voluntad. En todo caso, si cambiaba de modo de pensar, él sería el primero en saberlo. Con esto terminó la conferencia.

Mientras así se ocupaba de Hierba, Pablo no había olvidado poner en ejecución otro plan que se propuso ya desde su primera visita al coronel: reducíase á conseguir que el poder legislativo aprobase una proposición en que se pedía que el Banco de la Puerta de Oro devolviera á Pendleton una parte de su fortuna particular, injustamente retenida hasta entonces.

Tal era el círculo en que giraban las reflexiones de Pablo; pero en medio de ellas no podía alejar de su mente la imagen de la heredera. Parecíale que aún estaba viéndola en la casa del Rosario; recordaba con deleite aquella breve conferencia á la luz de luna y la dulce sonrisa de Hierba en algunos momentos, cuando le miraba con expresión de simpatía. Desde aquella noche en que se despidió de él, mostrando cierto inexplicable desvío, no había vuelto á visitarla; y llegado el día en que debía declarársela mayor de edad, delegó sus funciones en Pendleton, induciéndole á ir con el corregidor á Santa Clara para presidir la ceremonia. Por el pronto no era necesario que la joven supiese cuánto había hecho él para averiguar su verdadero nombre y el apellido de su familia.

Dejando escapar un suspiro, Pablo dió al fin principio á su tarea; tomó el fajo de papeles que Shear le había entregado antes y comenzó á examinarlos: eran también una prueba de sus persistentes y secretas investigaciones. Como presidente del comité legislativo, y encargado de revisar varias leyes, en vigor entonces, relativas á cierta reforma social, habíale sido fácil examinar documentos, pedir datos y consultar autoridades ó testigos. Por este medio le fué dado averiguar que la mujer llamada Carolina Howard, conocida también con los nombres de Beverby y Durfrec, había sido inscrita en el padrón municipal hacía largo tiempo; pero en ninguna parte se encontraban indicaciones sobre su hija: Pablo leía con creciente curiosidad y como hombre práctico todos aquellos informes, tomando notas de vez en cuando para su uso, cuando de pronto detúvose como sorprendido y se estremeció. En un parte escrito por cierto agente sobre el escándalo ocurrido en una casa de juego sorprendida por la autoridad, decíase que un individuo había buscado refugio en la habitación de «Carolina Howard,» á quien representó ante el magistrado, para prestar la correspondiente declaración, un amigo suyo llamado Juan Argüelles.

(Continuará)



Eran Hierba y Matilde; las dos jóvenes volvían á casa... (pág. 76.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS INSTITUCIONES SANITARIAS DE PARÍS (1)

ESTACIONES DE DESINFECCIÓN

Instalados los asilos nocturnos, la administración municipal con el objeto de desinfectar los vestidos de los asilados procedió á instalar las correspondientes estaciones de desinfección anejas á aquéllos y al mismo tiempo abiertas al público.



Fig. 1. Descarga y desinfección de los coches destinados al transporte de objetos contaminados á las estaciones municipales de desinfección

La más notable es sin duda la situada en la calle de Recoletos, 6 bis, aneja al asilo del muelle de Valmy de que nos ocupamos en nuestro anterior artículo, y por la fig. 1 que en él publicamos podrán formarse nuestros lectores idea de la instalación y funcionamiento de estos establecimientos edificados con tanta sencillez como habilidad por M. Bouvard.

Este plano general indica claramente el conjunto de la instalación dividida en dos partes distintas y separadas por una pared continua: á la izquierda, el departamento de llegada de los objetos que se han de desinfectar; á la derecha, el de los objetos desinfectados, y al lado, con fachada á la calle de Recoletos, un pabellón especial para la administración con acceso especial á cada uno de los dos referidos departamentos.

Cuando los coches que se guardan en A (fig. 1 del número 527) llegan de la casa adonde han sido enviados, penetran en el patio B, y después de haber llamado uno de los desinfectadores en la puerta exterior, entran en el pórtico de descarga C; los objetos se depositan en el almacén H y los vehículos pasan al patio D, en donde se les desinfecta. Los caballos, desenganchados y desinfectados, son conducidos á la cuadra S y los coches á la cochera A. Entre ésta y el pórtico de descarga hay en E y G, además del almacén, roperos, lavabos y retretes para los empleados que están encargados del servicio de los coches, y en el primer piso se encuentran iguales accesorios para el personal que cuida de la desinfección de los vehículos y además comedor y habitación para el cochero.

Los objetos contaminados se reciben en la sala H, y si es necesario se les somete, sobre todo á la ropa blanca, á una enjuagadura en un pilón especial: luego se les introduce en una de las estufas de vapor comprimido que se ven empotradas en la pared medianera. Una vez desinfectados los objetos, se les saca por las puertas situadas en N y se les deposita en los enrejados que hay á lo largo de las paredes. Un incinerador para los objetos de valor escaso y varios pulverizadores completan el material de desinfección. Una instalación I, J, K, de roperos, lavabos y aparatos de limpieza está destinada al personal que maneja los objetos infectados, cuando ha de salir del edificio por un corredor especial que da á la calle. Además, entre la parte en donde se depositan los objetos contaminados y aquella en donde se les coloca después de su desinfección no hay otra comunicación que la que establece un pasaje M, dividido en tres compartimientos, con un lavabo en el centro y cuyas puertas no pueden abrirse todas á la vez. El encargado de la vigilancia general tiene su despacho en O y su habitación en L.

La salida de los objetos desinfectados se verifica por medio de coches que se guardan en T y de caballos cuya cuadra está en R: la operación de carga se hace por una de las puertas de la sala N. El personal de esta parte del establecimiento tiene su comedor en P.

Los objetos de los asilos nocturnos que se desinfectan cada noche son recibidos en U, en el patio D, en un cedazo especial, y después de haber permanecido en la estufa ó sido lavados con algún antiséptico son devueltos al asilo por V.

Esta descripción basta para formarse idea de la separación cuidadosamente establecida entre las dos partes de la estación de desinfección adonde van á parar respectivamente los objetos contaminados y los desinfectados. Las únicas comunicaciones posibles son por las estufas y por los corredores á cedazo, en los cuales no se puede penetrar sin previo aviso y sin haberse lavado antisépticamente y quitado los trajes especiales obligatorios para permanecer en los lugares contaminados.

Los procedimientos de desinfección usados en este establecimiento son la estufa de vapor comprimido y las pulverizaciones con una solución de sublimado (bicloruro de mercurio) al 1 por 100, adicionada con ácido tártrico á 5 gramos por litro y con algunas gotas de tintura alcohólica de carmín de añil.

La desinfección por medio del vapor comprimido constituye el procedimiento más eficaz, rápido y práctico para destruir todos los micro-organismos patógenos y todos los gérmenes de las enfermedades transmisibles contenidos en los tejidos, telas, trajes, objetos de uso, colchones, etc. Los aparatos usados son los de la casa Geneste y Herscher, que son los que actualmente emplean el Estado y gran número de poblaciones y administraciones públicas francesas y extranjeras: después de quince minutos de permanencia en la estufa y de quince de secadura la desinfección es completa.

En cuanto á los pulverizadores, que también son de aquella casa, proyectan en microscópicas gotitas, á modo de niebla, el líquido antiséptico sobre todos los objetos que no pueden ir á la estufa, como cueros, pieles, etc., y tienen además por objeto practicar á domicilio la desinfección de los locales y de su contenido, paredes, suelo, techo, muebles, etc. Con la solución antes indicada practícase rápidamente este sistema de desinfección sin deteriorar en lo más mínimo los objetos preciosos por poco cuidado que se ponga al verificarla. Este procedimiento debe sustituir á la desinfección por el gas ácido sulfúrico, que es difícil, incompleta, ilusoria tal como generalmente se hace, y tan larga que llega á ser más perjudicial que útil desde el punto de vista de la generalización de la desinfección.

Las estaciones de desinfección de la ciudad de París son gratuitas para el público, que puede llevar á ellas los objetos contaminados ó avisar para que vayan á recogerlos á domicilio, en cual caso es indispensable al propio tiempo la desinfección de éste.

Las diversas operaciones que hay que practicar para la desinfección en caso de enfermedad contagiosa son las siguientes; y aunque parezcan muchas, á poco que atentamente se examinen se verá que son muy sencillas y pueden llevarse á cabo con suma rapidez.

Al salir el coche, los desinfectadores deben asegurarse de que contiene el siguiente material: 1.°, la bomba con pulverizador y varios frascos que contienen el líquido desinfectante, de los que ellos solos son responsables; 2.°, un frasco de permanganato de potasa con un litro de solución á 80 centigramos por 1.000; 3.°, un saco con los trajes de trabajo, es decir, para cada empleado un casquete, una blusa ajustada al cuello y á los puños y un pantalón, todas estas prendas de tela, y unos zapatos; 4.°, varios sacos cerrados por cualquier medio, excepto por cordones de cuero, en los que se meten los colchones, almohadas, edredones y demás objetos; 5.°, trapos para secar; 6.°, dos grandes esponjas, un cepillo de mano y un cepillo montado; 7.°, un saco de instrumentos, y 8.°, una escalera articulada con cojinetes de caucho.

Al llegar al domicilio los desinfectadores deben transportar su material al piso que se ha de desinfectar y vestirse con su traje de trabajo antes de penetrar en él. Con la solución de permanganato de potasa y el cepillo lavarán las ropas manchadas de sangre y pondrán en los sacos los objetos que han de ir á la estufa (colchones, cortinas, vestidos, etc.); y después de haber vertido en la bomba el contenido de uno de los frascos, acabando de llenarla con agua, pulverizarán (fig. 2) las paredes, techo, suelo, cortinajes, muebles y especialmente las camas, el interior de las mesitas de noche, etc., sin descuidar el menor detalle, y frotarán con trapos ligeramente embebidos en la solución desinfectante los espejos, cuadros, objetos de arte... En suma, las operaciones que se llevan á cabo son tan minuciosas que no hay miedo de que quede ningún germen de infección: una vez terminadas, los desinfectadores se quitan el traje y lo meten en un saco especial para llevarlo á la estufa, luego bajan los sacos que contienen los objetos contaminados y lo cargan todo en el coche. Llegado éste á la estación, todos los objetos y el material pasan inmediatamente á la estufa, y los primeros, una vez desinfectados, son conducidos al domicilio de su procedencia en el coche especialmente destinado á este servicio. En cuanto al vehículo que los condujo, se le desinfecta del modo que indica la figura 1.

Todos los detalles de este programa tienen su importancia y el servicio municipal de París que los ejecuta con gran escrupulosidad es el único que puede en aquella capital inspirar confianza á los particulares. La desinfección debe practicarse con todas las precauciones enumeradas, pues de lo contrario es inútil y puede ser peligrosa.

Esas estaciones son cada vez más estimadas y utilizadas por el público, y el número de sus operaciones aumenta de día en día, verificándose actualmente unas veinticinco diarias.

Otras análogas se han establecido en distintas poblaciones de Francia, algunas de las cuales han hecho de ellas una fuente no despreciable de ingresos practicando la desinfección gratuitamente para las clases menesterosas y mediante cierto estipendio para las acomodadas.

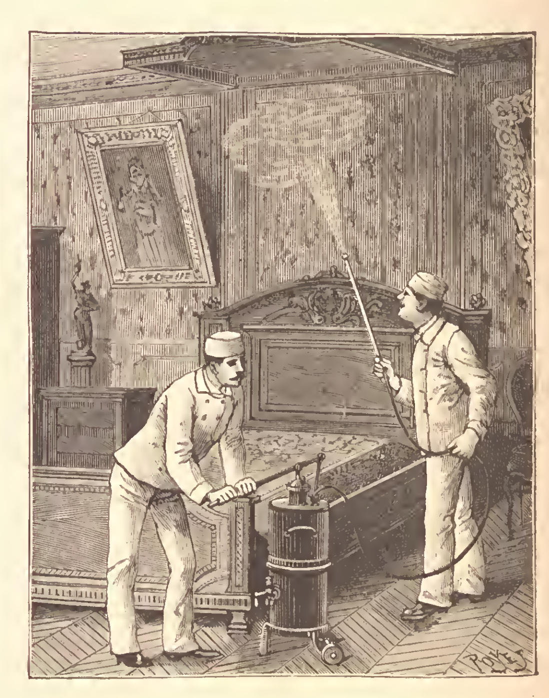


Fig. 2. Desinfección á domicilio

Dr. A. J. Martin

(De *La Nature*)

(1) Véase el número anterior.

Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN *por autores ó editores.*

QUERIDA, *por Edmundo de Goncourt.* – Formando parte de su colección de libros escogidos ha publicado *La España Moderna* esa interesante novela del eminente escritor francés, en la que se describen con la maestría que á su autor caracteriza las costumbres del París elegante del segundo imperio. El libro, que forma un elegante y bonito tomo de unas 500 páginas, véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

NOVELAS Y CAPRICHOS, *almanaque de «La España Moderna» para* 1892. – Con decir que tiene primorosos artículos en prosa y verso de firmas tan acreditadas como las del Doctor Thebussem, Manuel del Palacio, Octavio Picón, Campoamor, Emilia Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena y otros escritores de igual nombradía, queda hecho el elogio de este libro, que lleva además 200 bonitas ilustraciones y se vende al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

* * *

ALMERÍA ARTÍSTICA, *ilustraciones y texto por A. Fernández Navarro.* – Con este título ha empezado á publicarse una serie de monografías relativas á los monumentos más notables de aquella ciudad: la primera que ha visto la luz se ocupa de la Alcazaba y va acompañada de bonitas ilustraciones fotograbadas por Laporta. Véndese al precio de una peseta en Almería, librería de D. Fernando S. Estrella, y en Madrid en la de D. Fernando Fe.

* * *

UN VIOLONCELISTA, *por D. Eduardo Bertrány Rubio.* – Páginas de la antibiografía de un pobrete titula su autor esta narración, en la que en estilo ameno y castizo se relatan interesantes episodios de la vida de un músico. La primera edición de esta obra se publicó hace algún tiempo en *La Enciclopedia Musical*, y la segunda forma un elegante tomo, que se vende en las principales librerías al precio de 2 pesetas.

* * *

SOFÍA, *novela cubana por D. Martín Morua Delgado.* – *Sofía* es el título de una interesante novela de costumbres cubanas, la primera de las que han de figurar en la serie de *Cosas de mi tierra* que ha empezado á publicar el distinguido escritor don Martín Morua Delgado. La obra es una bella exposición de cuadros sociales copiados del natural, recomendándose por su estilo y por el estudio psicológico que ha hecho el autor de cuanto le rodea. Forma un bonito volumen en 8.° de 288 páginas, y véndese al precio de un peso en casa del autor, Obispo, 80, Habana, ó en la librería de la *Propaganda Literaria.*



POR AQUÍ DEBE ESTAR, fotografía directa de Hugo L. Steichel, de Jersey (Estados Unidos.)

* * *

FABRICACIÓN DE QUESOS Y MANTECAS, *por D. Buenaventura Aragó.* – Esta obra es indudablemente la más completa que en su género existe, y en ella se trata con gran conocimiento de cuanto se relaciona con la producción de la leche, establecimiento de lecherías, elaboración de toda clase de quesos y mantecas, crianza de vacas, etc. Forma un tomo de 366 páginas con 104 grabados, se vende en Madrid á 7,50 pesetas y se remite á provincias enviando 8,50 pesetas á la librería de Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

* * *

HUESCA. APUNTES PARA SU HISTORIA, *por D. G. Gota Hernández.* – Contiene este folleto una breve reseña de los periódicos publicados en Huesca y algunas notas referentes á la sublevación republicana organizada en Cincovillas (Zaragoza) en 1848. Se vende al precio de una peseta en Huesca, librería Oscense (Coso bajo, 7); Zaragoza, librería de Cecilio Gasca (Plaza de la Seo), y en Madrid, librería de Fernando Fe (Carrera de San Jerónimo, 2).

* * *

ALARCÓN, *por doña Emilia Pardo Bazán.* – ZORRILLA, *por D. Isidoro Fernández Flores.* – Tan amenas é interesantes como todas las de la Colección de personajes ilustres que publica la casa Sáenz de Jubera hermanos, de Madrid, son las biografías del insigne novelista y del más genial de nuestros poetas, y no podía ser otra cosa tratándose de biógrafos como la autora de *Los Pazos de Ulloa* y del eminente crítico conocido con el seudónimo de Fernanflor, cuyo ameno estilo literario resalta en todas sus producciones.

Véndese á una peseta cada una en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN